

Lynch

Benito Lynch

Raquela



IN OCTAVO
2024

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Benito Lynch

Raquela



IN OCTAVO
2024

Noticia

Marcelo de Montenegro es un exitoso autor teatral; pasó su infancia en el campo bonaerense y la pampa se le ha quedado pegada en el alma, tanto que vuelve a ella una y otra vez, no en plan de excursión campestre, sino en una especie de reencuentro consigo mismo que no excluye “la salvajada y la aventura”, según su propia expresión. Se viste de gaucho, habla como gaucho, y cumple las tareas habituales del peón en la estancia de su amigo Enrique. Su destreza le permite en una ocasión rescatar de un grave peligro a Raquela, la hija de un estanciero vecino. Ambos se enamoran, pero Marcelo advierte en la joven ciertas resistencias nacidas de la diferente condición social que ella supone existente entre ambos. En un juego que él mismo describe como perverso, Marcelo acentúa su humildad de peón, aunque con algunos deslices en la representación que despiertan las suspicacias de la muchacha.

La peripecia amorosa estructura el relato, pero parece casi una excusa para avanzar en ese obsesivo examen de la pampa bonaerense, sus tipos humanos y sus relaciones sociales, que el autor conduce a lo largo de su obra. Ya no es la pampa abierta cuya única frontera era el indio, ni el gaucho anárquico e individualista, que sólo le temía a la leva. Ahora estamos en una pampa dividida por los alambrados, con estancieros y peones, que deben acomodarse ne-

cesariamente como unidades económicas a las leyes de un sistema productivo. Las tensiones que provoca ese acomodamiento alimentan la trama de sus narraciones, tensiones que tienen que ver con la naturaleza humana, heroica y noble, y al mismo tiempo indócil, perezosa, brutal, pero también con la naturaleza física, amable y generosa, y al mismo tiempo hostil, peligrosa, extremadamente cruel.

Como su personaje Marcelo, Benito Lynch (1885-1951) también se crió en el campo, en la estancia familiar, y marchó a Buenos Aires para desarrollar una carrera como periodista y escritor, pero sus emociones y sus afectos parecen haber quedado anclados en el escenario de una infancia intensamente vivida, al que sus narraciones vuelven una y otra vez. Raquela (1918) es su tercera novela, y se reconocen en ella ecos de los estilos y géneros en boga en ese momento —romanticismo, naturalismo, sainete incluso— todavía no bien amalgamados. Entre sus títulos más conocidos se encuentran Los caranchos de La Florida (1916), El inglés de los güesos (1924), y El romance de un gaucho (1930). Estas tres novelas fueron llevadas al cine.

El editor

Raquela

I

HABÍA HECHO una serie de quince tiros, consecutivos, correctos, magistrales, con todo el lazo, y fijos los ojos en la calavera de vaca que puesta al extremo de un palo me servía de blanco, estaba preparando una nueva armada, para proseguirla Dios mediante, cuando la conocida voz de mi amigo resonó burlona a mis espaldas:

—¡Qué gracia, con un palo! —dijo.

Era su comentario invariable, cada vez que me sorprendía entregado a aquel deporte: “¡Qué gracia, con un palo!” ¡Infeliz! ¡Si me hubiera visto en el bajo de la laguna, *matándole* a golpes los novillos finos, no diría eso!

Sin contestarle, me puse cuidadosamente a revolver el lazo.

La blanca calavera de vaca parecía sonreírse con todas sus muelas y él, Ernesto, también sonriente,

me miraba esparrancado y con las manos en los bolsillos.

Erré el tiro...

—¡Qué zanahoria, que chambón!

—¡Ajá! ¡Había hecho una bolada de quince!

—No lo he visto a Garibaldi...

—¡No lo has visto...!

Me daba rabia... Era indudable que Ernesto era mucho más *gaucho* que yo, como que tenía cinco años de experiencia real y efectiva de las cosas camperas, pero también no era menos cierto que yo sabía *cuatro letras* a ese respecto y sobre todo que amaba el campo más sinceramente que él.

Ernesto era un práctico y yo un lírico. Él estaba en el campo por necesidad y yo iba al campo por placer, para revivir sensaciones de la niñez, para embriagarme de naturaleza... Los néctares, como los acíbares que bebimos en la cuna, dejan en el paladar un arregosto que dura toda la vida.

Ernesto se sentó a la sombra, en el veredón de la casa.

Estaba gordo como un novillo de invernada y daba una sensación de pleno equilibrio moral y físico. Yo, a su lado, aunqueuviésemos casi la misma edad, parecía un niño. Y esa diferencia se manifestaba no solamente en la personalidad física, sino también en la psíquica.

Ernesto era un *madurado* artificialmente por las circunstancias y yo un *muchacho* por las mismas causas... Él poseía apenas la inteligencia necesaria para desenvolverse con éxito en el orden de sus actividades y yo, en cambio y a estar a la pública consideración, tenía talento... En el fondo, él valía mucho más que yo... Si no, pruebas al canto: mi amigo se llamaba modestamente Ernesto Pérez; tenía veinticinco años y era el sostén y la esperanza bien fundada de una madre y de cinco hermanitas, por quienes venía luchando como un héroe desde la más temprana adolescencia.

En cambio yo, Marcelo de Montenegro, con padres, con hermanos mayores y con fortuna, no era el sostén de nadie... Quizás, más bien gravitaba aún sobre la familia como un peso inútil. En rigor de verdad, los méritos intelectuales que se me atribuían eran lo único que podría justificar en cierto modo la razón de mi existencia...

Ernesto se sentó, como he dicho, al borde del veredón de la casa y, mientras yo me aplicaba concienzudamente a la tarea de arrollar el lazo, él comentó por milésima vez, al reparar en mi indumentaria campera:

—¡Qué rico tipo! ¿Qué dirían allá, en Buenos Aires, si te vieran así? ¡Qué traje apropiado para el celebrado autor de *Las fieras blancas*!

Debo confesar que el comentario de mi amigo tenía ciertos fundamentos.

El autor de *Las fieras blancas*, ese drama perverso que había sido el éxito de la última temporada, vestía mientras arrollaba pausadamente su lazo, un chiripá pampa, con extraños dibujos negros, blancos y rojos, y tenía un cuchillo tremendo en la cintura. Con aquella camiseta a rayas, aquel chambergo gris y el rostro y las manos curtidas por un largo mes de aire y de sol, mejor que un autor teatral en auge parecía un peón de tropa.

Una pequeña inflamación del labio superior como consecuencia de la infección de una grieta, agregaba a mi cara tostada un característico rasgo plebeyo. Al decir de Ernesto, se me había puesto la boca como para silbar mulas. Lo único que subsistía en medio de aquel verdadero derrumbe de los físicos refinamientos del celebrado autor de *Las fieras blancas* era una uña esmaltada con Nacrodorine Dorin, que, no sé por qué milagro, seguía conservando un brillo insolente, en medio de la uniforme y desastrosa lividez de sus demás compañeras. Era la uña del índice derecho y contrastaba en mi mano rugosa y ennegrecida, como una amatista engarzada en la pata de un ñandú viejo. Tanto es así, que más de una vez había visto abismarse en su contemplación, los ojos desconfiados de Domingo Herrera, el honorable capataz de mi amigo.

—¡Pobre mozo! —pensaría—. ¡Quién sabe qué enfermedad tendrá...!

Ernesto, que se había puesto a hacer dibujos en el suelo con un palito, dijo de pronto:

—¡Caracho! No viene Domingo y tiene que ir hasta lo del mayor Grumben, a buscar unos novillos...

—¿Unos novillos?

Me interesó el asunto: Todo me interesaba, en todo me metía... La noche anterior había comido carne de potro, en el rancho de Domingo, después de haber estado toda la tarde ayudando al vasco Arreche a destruir unas vizcacheras en la playa de los corrales de su puesto...

Y debo decir aquí en mi descargo y para que no se me juzgue demasiado severamente, que yo hacía todas esas cosas con gusto es cierto, pero no en serio. En el fondo de mi espíritu siempre andaba bailando la broma en pareja, con el prurito deportivo de saber hacerlo todo, y así como en la ciudad me hubiera avergonzado de no saber cómo se interesa a una mujer, ante los ojos de Domingo Herrera me hubiese avergonzado lo mismo de no saber cómo se recuesta un animal en un rodeo. Cada habilidad en su escenario adecuado...

Por otra parte yo no era en el campo un gaucho de guitarra ni de “chapeao” carnavalescos; era simplemente un gaucho trabajador, un hombre del oficio... Y después de todo, una disculpa aún: había vivido en el campo hasta esa edad en que el espíritu del niño, sediento de impresiones, es como una placa fotográfica virgen. Mi padre, severo y como es natural temeroso de probables contagios de ambiente,

me había mantenido, hasta la época en que me trajo a la ciudad para zambullirme en un colegio, según su expresión, con la rienda bien corta; y esto —que no me impidió que una vez me encontrase una costilla de vaca atravesada en la cintura a guisa de facón, o que le avergonzase otra vez, en presencia de toda la plana mayor de la familia, respondiendo a la pregunta que se me formulaba sobre mi vocación profesional que yo quería ser tropero— fue sin embargo la causa principal de que mi espíritu, lleno de ansias incumplidas, aprovechara después de las ventajas de la independencia para realizar todos sus sueños... Por eso, cada veraneo del flamante autor de *Las fieras blancas*, era como un desborde de locuras y de inexplicables salvajismos...

Ernesto no podía comprender estas cosas que le hacían reír unas veces, y otras hasta enojarse con un huésped que había solicitado con tanta insistencia todo el año.

—Pareces loco —solía decirme muy serio—; un día me vas a comprometer con tus macanas... ¡Lindo papel voy a hacer con tu familia si te sucede una desgracia...!

Pero el autor de *Las fieras blancas*, que había hecho decir a unos de los más empacados críticos teatrales del país, y por el órgano de uno de sus más prestigiosos voceros, que lo que más se admiraba en el drama, era “la extraordinaria sensatez de juicio”, no se conmovía y concluía por hacerle reír con sus payasadas y despropósitos.

Lo que deseaba era divertirse, inocentemente y nada más. De sus travesuras no podía surgir ningún daño.

Estábamos todavía conversando, sentados al reparo de la casa cuando llegó Domingo. Venía a mudar caballo apresuradamente para ir a lo del mayor Grumben y al atravesar el patio me hizo una invitación familiar y amistosa:

—¿Y, don Marcelo...?

Dispuesto a todo como estaba, la acepté con entusiasmo. Lo mismo hubiera ido a capturar peludos a La Pampa, o a cualquiera otra aventura.

A Ernesto no le supo tan bien la cosa. Primero hizo un gesto de contrariedad y luego se quedó pensativo. Cuando estaba liando el recado en el cuarto, para ir a ensillar, vino y me dijo suavemente:

—Mirá, Marcelo, me parece que sería mejor que no fueras...

Al oírle me erguí con sorpresa, casi indignado.

—Y ¿por qué?

—¡Caramba! No me gusta. El mayor es muy serio, ya sabés que es medio loco...

—Y ¿qué tiene?

—Tiene que, como vos sos también medio loco...

Yo me reí.

—¡Bah! Déjate de tonteras....

Ernesto se puso serio:

—No; no te lo digo en broma. Ya sabés que el mayor es un perro, y que si todavía conservamos alguna amistad es gracias a mi buen tino. Está peleado con todo el mundo...

—Y ¿qué?

—Que no quiero que vayas a comprometer mi seriedad...

Yo me reí con ganas:

—¡Bah!, bah! ¡Ya apareció aquello! No tengas cuidado, viejo.

Y sin más, volví a aplicarme a la tarea, con manos temblorosas de emoción y de prisa. Él se quedó un momento silencioso y malhumorado, recostado en el quicio de la puerta. Al cabo dijo:

—¿Supongo que no pensarás irte así?

—¿Cómo así?

—Así, disfrazado de tropero...

—Y ¿qué tiene?

—Tiene lo que te he dicho: ¡que te van a tomar por loco...!

— ¿Y qué saben quién soy yo?

Y mientras mi amigo mordiéndose los labios rumiaba sin duda atroces invectivas, agregué muy risueño:

—Supón-te que yo soy un pobre paisano; un peón de Domingo, un mensual tuyo, que va a buscar unos novillos a la estancia de un hombre y nada más. ¿Quer-rías, acaso, que fuese de levita?

II

APRETABA YA EL SOL, cuando acabamos de atravesar aquel trozo de campo malo, conocido por las “lomas negras”, y especie de dunas cubiertas de una vegetación espinosa y achaparrada por donde era imposible hacer galopar un caballo.

El paisaje se abría ante los ojos en amplias y suaves ondulaciones, tapizadas con todos los tonos del amarillo y del verde, y allá, en el horizonte y entre las reverberaciones del sol, los sauzales y las alamedas de la estancia de Grumben destacaban sus grandes masas sombrías.

Pusimos los caballos al galope. Mi picazo, o mejor dicho el picazo overo de Ernesto que yo montaba —un gran caballo, que no tenía otra falla que el extraño defecto de una oreja doblada por vicio de nacimiento, lo que lo hacía conocer en la estancia por “el picazo oreja tuerta”—, iba, al decir de los gauchos, “sacándose el freno con las manos”.

Domingo, elásticamente aplomado en su malacara grandote, miró un instante de reajo mi indumentaria gaucha, mi chiripá overo negro, mi pañuelo flotante, mi chambergo gris, mis botas ensebadas, mi lazo trenzado que saltaba en el anca al compás del galope; todo el conjunto armonioso y viril del hombre y de la bestia apercebidos para la acción y el esfuerzo, y tuvo una sonrisa.

Y estoy seguro de que no fue una sonrisa de mofa como las de Ernesto, y que el conjunto debió satisfacer las exigencias de su estética gaucha, porque en seguida dijo:

—Se está poniendo liviano el picazo...

—¿Ha visto?

—¿No le ha hecho alguna aflojadita?

—No... —y fui yo el que entonces se sonrió, pero interiormente. Si el picazo estaba liviano era precisamente porque no hacía otra cosa que hacerle “aflojaditas” en todos los bajos....

—Es medio ligero —continuó Domingo—. Una vez que lo vide a un tal Cuevas agarrar con él un avestruz abajo el freno, en la atropellada...

—A mí me gusta mucho...

—Lástima la oreja ¿no?

—¿Ha visto?

Y seguimos galopando bajo el sol de otoño, que completaba la perfumada madurez de los pastos y

arrancaba reflejos de plata a los albos penachos de las cortaderas.

Yo miraba de vez en cuando a Domingo. Sentía una verdadera afección por aquel hombre, a pesar de lo breve de nuestro conocimiento. Era el prototipo del gaucho bueno y honesto. Tenía su rancho, su mujer, sus hijas ya casi mozas y entendía su oficio.

Jamás le vi errar un tiro de lazo, ni hacer una chambonada.

Él me estimaba también, y la mejor prueba de ello es que se había puesto a trenzarme con todo empeño un bozal primoroso —seguramente para que se lo pusiese a algún empresario—, porque quería que cuando me fuera a la ciudad llevase un recuerdo suyo.

Una vez al salir de la cocina de su rancho, en donde había entrado haciendo reír a las muchachas con mis disparates, me preguntó muy serio y conmovido:

—Y ¿sus hermanos son así, como usted, don Marcelo?

—¿Cómo, Domingo?

—Así, de gauchos y de güenos con los pobres...

Cuando llegamos a la tranquera que daba acceso al campo del mayor, una tranquera de rienda, cuyo alto poste emergía de la maciega, escueto y ennegrecido como el madero de un calvario, experimenté una inesperada emoción de curiosidad y sorpresa.

En grandes caracteres temblequeantes, pintados sobre un cuadrángulo de zinc, campeaba en la tranquera esta extraña prevención agresiva: “Cierre la puerta con el alambre, ¡animal!”

—¿Y esto?

Domingo, que había desmontado para abrir, se encogió de hombros.

—Ahí tiene, esas son las cosas del mayor... No quiere que le dejen abierta la tranquera...

—¡La porra! Y ¿por eso insulta a todos los que pasan?

—Y, ¿qué quiere? Él es así.

Montó Domingo, después de haber retorcido cuidadosamente el alambre, y volvimos a galopar.

El cartel insultante me había impresionado. Comprobaba, desde luego, que las prevenciones de Ernesto sobre su extravagante vecino tenían más fundamento que el que yo les había atribuido en un principio.

—Mire que “Cierre la puerta con el alambre, ¡animal!”...

Y confieso que me sentí un tanto incómodo, con mi pañuelo flotante y mi chiripá pampa tejido por los indios.

—Dígame, Domingo, ¿usted lo conoce al mayor?

El gaucho sofrenó el malacara y lo puso al tranco.

—¡Ajá!

—Me ha dicho Ernesto que es un tipo raro; que es medio loco.

Domingo pensó un momento, y después dijo:

—Así dicen... Yo no he tenido ocasión de hablarlo sino pocas veces y no me ha parecido mal hombre, pero asígn las mentas...

—Según las mentas... ¿qué?

—Es el mismo “diablo adrede”. Los piones no le aguantan quince días. Es bruto en la boca y resabiao a castigar a los hombres... No se le cái de la mano el arreador cabo e fierro...

—¡Mirá qué nene!

—Parece que les tuviese rabia a los pobres, que no supiese tratar a la gente sino a gritos. Yo no sé; ¡le cuelgan más hechurías a ese hombre!... A mí me ha contaó por ejemplo Ceferino Borjas, un tapecito muy diablo que supo estar en “La Indiana”, que a él lo tuvo una vez colgao de las patas en un sauce por haberle arrancao adrede un arbolito... Yo no sé si será cierto, porque el muchacho ese es medio fantástico, pero así lo contaba a lo menos...

—¡Está bueno!

Domingo con la vista fija en el testuz de su caballo, prosiguió con voz confidencial y grave:

—Otra vez, pa unas esquilas, un temporal hizo parar el trabajo. La gente aburrida quería dirse al

pueblo... El mayor les dijo que al que se juera no le pagaba. Entonces, todos se ganaron en la cocina y se pusieron a alegar. Dicen que hasta las piezas de adentro llegaban los gritos de la alegación... Lo que menos decían era que le iban a sacar al hombre los bofes a puñaladas... Entonces vino el mayor a la cocina con la carabina y los sacó a todos ajuera, uno por uno y pegándoles de yapa una patada...

—¡Está bueno!

—¡Oh, como diablo, es diablo el hombre!.. En otra ocasión ¿no lo dio güelta de una cachetada al propio don Manuel, el alcalde en la feria de “La Agraciada”? ¡Yo creo que la hija ha de pasar una vida!

—¿Cómo, la hija? ¿Tiene una hija el mayor?

—¡Ah, ah! ¿No sabía? Una hija moza y bastante bien parecida... Pregúntele de no a mi mujer. Ella la conoce. Sabía lavarle endenantes... Se llama Raquela ¹ ; dicen que es muy güena, pero casi naides la ve, como vive tan retirada...

—Pero ¿es una paisanita?

Domingo se escandalizó.

—¿Paisanita? ¿De ande? Viera qué manos tiene, blancas como la leche, qué modales y qué vestidos. Eso sí, de a caballo como un varón. Todo el día sabe andar galopando por el campo, en una yegua alazana que parece una pintura...

1 Los gauchos no admiten el femenino en *el*. (N. del A.)

Yo me quedé pensativo. Los caballos trotaban sobre un bañado seco donde el salitre brillaba con cabrilleos de cristal en polvo. De pronto, Domingo, que se había quedado también en silencio, agregó con convicción :

—Vea, don Marcelo, al fin y al cabo yo no creo que el mayor sea tan malo como dicen. Tendrá sus cosas quizás, pero es un hombre cuidadoso de sus intereses y que sabe trabajar... Si no que digan, ¿quién tiene la mejor cría de novillos de por acá?, ¿quién las mejores yeguas?, ¿quién hizo el primer bañadero para ovejas?, ¿quién trujo el primer molino? Mire, yo creo que lo pior que hay en la estancia es el negro Tejeira...

—¿Quién es ése?

—Aura va a ver. Es un hombre que tiene el mayor, dende hace mucho, especie de asistente o no sé qué, pero mañero y enrredista como él solo. Es un mal bicho, que se lo tiene montao a don Gregorio, el capataz, y que hace lo que se le da la gana en la estancia. Vez pasada...

Pero Domingo se interrumpió. A un centenar de metros a nuestro frente acababa de repechar la loma un mocetón de camiseta blanca, jinete en un manchado bichoco, ensillado sin cojinillos como un ladero de carro.

—Es el vasco Martín, el puestero del mayor —me dijo Domingo, y agregó mientras el sujeto se acercaba con una ancha cara rubicunda, partida de risa y

rebotante de alegre optimismo—: Ahí tiene un hombre güeno, don Marcelo,

Se saludaron con verdadera efusión.

—¡Caray! ¿Qué andar haciendo por estos pagos, don Domingo? ¿Va pa la estancia, verdá? —Y añadió, sin esperar la respuesta—: De allá vengo, ¡caray! Fui de mañanita pa llevarle unos güevos fresquitos a la Raquela y recién me larga, ¡caray...! Me ha dao una punta de cosas pa el mujer y pa el crío. —Y ahí no más, y sin dejar de reír y de hablar a gritos, se puso a desatar un bulto que llevaba hecho en un pañuelo a cuadros—. Vea, don Domingo, vea cuánta rica macana, ¡caray! El mujer se me va a poner como loco, ¡caray! ¡Es más güeno este Raquela!

Pude ver unos escarpines de color de rosa, un frasco de no sé qué, una caja de galletitas y algunas piezas íntimas de deslumbrante blancura...

Contagiados por la sana alegría del vasco, Domingo y yo nos sonreíamos...

—Y ¿cómo está doña Paca?

—¡Y lindo no más, caray! Ya no se queja no, de aquel dolor del verijas que lo tenía jorobando del lao del lazo... Ahora se está poniendo lindo el mujer como vaca de invernada y también el crío. Te pesa en cuatro meses, sin mentir, como un ternero, ¡caray!

— Y ¿cómo están por la estancia? —preguntó Domingo—, ¿cómo está el patrón?

—Y... ahí la está el hombre... Me pareció que andaba medio alunao... Asigún supe por la Raquela,

anoche había tenido una pelotera con la sobrina ese que le ha venido del Güenos Aires...

—¿Sobrino ?

— Sí, un mocito de la ciudá que la tiene un nombre más arrevesao que la gran siete, y que la está dotor asigún dicen... ¡Caray! Va pa quince días que está en la estancia...

—¡No sabía!

—Sí, sí, dicen que la está un muchacho enfermo, medio despaletao...

—¡Está güeno!

Conversaron todavía un rato y por fin se despidieron. El vasco me tendió al irse su mano callosa y grande.

—¡Tanto gusto! —dijo, y, aplicando dos sonoros lonjazos a su manchado, echó por el bajo a gran galope.

Nosotros hicimos galopar también nuestros caballos.

Deberían ser ya como las once y el sol picaba fuerte. En pocos momentos nos allegamos a la estancia. Se veía que era un establecimiento bien mantenido y bien organizado: Un hermoso edificio, grandes galpones, un molino altísimo, mucha arboleda, buenos alambrados y ni un solo caballo en los palenques. “La famosa estancia del mayor” —pensé—. “Cierre la tranquera con el alambre, ¡animal!” Y debo confesar que volví a sentirme incómodo, con

aquel pañuelo flotante y aquel chiripá overo tejido por los indios...

—Oiga Domingo —comencé a decir mientras nos aproximábamos al tranco a los palenques—; oiga Domingo, por nada del mundo...

Pero Domingo me interrumpió, para decirme vivamente:

—Vea, don Marcelo... ¡Allá va!, ésa es Raquela, ésa es la hija del mayor...

Y vi, en efecto, cruzar a la distancia la silueta de una gentil amazona, al gran galope de una yegua alazana pura sangre...

Y Domingo tuvo que prometerme solemnemente, que por nada del mundo revelaría mi secreto.

III

DOMINGO SE FUE “p’adentro” a hablar con el mayor según dijo, y yo me quedé en la cocina de los peones, conversando con la única persona que encontramos allí a esa hora: un extraño sujeto, mitad bandido y mitad mendigo, que, sentado en un banco y cubierto con un ponchito a pesar del calor, se ocupaba en la femenina tarea de zurcir unas medias.

Por la postura en que trabajaba, por la lividez de su cara y por la miseria fisiológica de toda su persona, se veía a la legua que debía ser contrahecho o estar lisiado.

Al cabo de algunos minutos de silencio que empleé en la inspección de aquella gran cocina ahumada —en cuyo fogón desierto se amontonaban las blancas cenizas y junto a cuya puerta un trozo de riel, pendiente de un tirante, hacía las veces de campana, como en algunos teatros de provincia—, el hombre volvió a posar en mí sus ojos escrutadores, y dijo sentenciosamente:

—No lo conozco.

Yo entonces aclaré:

—No soy de acá, amigo. He llegado recién de Lobos...

—Ah, ¿viene buscando conchabo?

—No. Ya tengo conchabo. Van para quince días que soy mensual de “La Blanca” de don Ernesto Pérez.

—¡Ajá!

El tipo volvió a mirarme un instante pensativo y agregó de pronto con una brusca transición de tono:

—Raquela se jué al campo a galopiar la yegua.

—¡Ajá!

—Es mi novia y me viá a casar con ella en cuanto acabe de matar los bichos... Esta mañanita maté como trainta...

“Diablo”, pensé al oírle, “en esta estancia el que no es loco está por serlo...”

—¿Y qué bichos mata, amigo?

Pero él, sin contestar mi pregunta, prosiguió con una sonrisa confidencial e idiota, que mostraba todos sus dientes verdinegros y podridos:

—¡La quiero más a Raquela, amigo...! ¡Nos queremos más...! Ahora ha venido el “Güey pelao”, pero a mí no me importa; le vamo a cortar el cogote con la podadera. ...

—¿El “Güey pelao”? ¿Y quién es ese güey, amigo?

—Es el dottor... Es el apodo que le hemos puesto, pa reirnos, al sobrino del patrón...

Iba a preguntar algo más a aquel insensato, cuando me interrumpió la brusca entrada de un hombre en la cocina.

Era el mayor que venía en cabeza y con su famoso arreador en la mano.

Me puse de pie por un impulso de educación instintivo, pero él sin reparar casi en mí, se dirigió como una furia al que permanecía sentado en su banco.

—¡Ya estás aquí otra vez, trompeta! ¿No te he mandado a matar los bichos? Caminá p'ayá, ligerito...

—Es que la niña me dio licencia... Estaba muy juerte el sol...

—¡Que niña, ni qué... sarnoso! ¡Camine ligerito!

El hombre se incorporó con dificultad y salió de la cocina. Entonces comprendí toda su desdicha. Debía tener una fractura terrible de la espina dorsal, porque caminaba doblado casi en dos y abriendo mucho los brazos para guardar el equilibrio. Su andar recordaba el vuelo vacilante de los murciélagos al ras de tierra.

—¡Sinvergüenza...! ¡Atorrante! ¡Pues a mí...! — terminó el mayor mirándole alejarse desde el umbral de la puerta y luego se volvió hacia mí bruscamente:

—¿Y vos?

Vi que tenía la cara pálida, llena de arrugas y unos ojos buidos, de un azul profundísimo.

—Yo... yo... He venido, con don Domingo, pa llevar los novillos... —murmuré.

El mayor me miró de arriba abajo, me escudriñó con ojos agresivos desde el sombrero gris hasta las grandes domadoras de fierro, y, después de decir en un tono de fastidio, y como si se hubiera dirigido a otro, “los novillos no pueden sacarse hoy”, salió bruscamente de la cocina, agitando su arreador inquietante y haciendo crujir los cañones de sus botas.

“Qué rico tipo”, pensé, y con curiosidad me asomé a la puerta para mirarle de atrás.

Era un hombre bajo, fortachón y recio, con una escasa cabellera gris, que el viento alborotaba. Caminaba nerviosamente a través del patio, castigando el suelo con la sotería del arreador y mirando avizor a todas partes.

Apenas se perdió detrás de un gran laurel cerezo que se levantaba allí muy cerca, volví a oír su voz resonante y agria.

—¡Animal! —gritaba a alguno, quizás a una sirvienta—. ¿No le he dicho mil veces que no me vuelque agua de jabón en los canteros? ¡Pues a mí! —Y continuó rezongando a lo lejos como un enjambre de mangangaes irritados...

Entonces me expliqué perfectamente aquello de “Cierre la tranquera con el alambre, ¡animal! ”; y el

embrión de psicólogo que gestaba en el alma del autor de *Las fieras blancas* tuvo un estremecimiento de perverso deleite, traidoramente oculto debajo de aquella blusa de lustrina con florecillas blancas y rojas y de aquel chiripá overo negro tejido por los indios...

Después, cansado de estar en pie, torné a sentarme en el banco. El sol que entraba por la puertecilla abierta marcaba sobre los ladrillos desgastados del piso, un gran cuadrángulo dorado, donde se paseaban las moscas disfrutando de una ilusión de verano.

De pronto, aquel cuadrángulo se borró en parte. Por la interposición de una sombra. Alguno acababa de pasar ante la puerta. . . Alargué curiosamente el pescuezo pero no pude ver nada... ¿Algún perro, quizás...? Pero, cuando comenzaba a olvidarme de la cosa, el fenómeno tornó a repetirse. Efectivamente, alguno había vuelto a pasar muy despacio ante la puerta de la cocina, con el andar aburrido de un centinela o de un vigilante de facción.

Entonces me incorporé y cautelosamente me asomé afuera.

El misterioso paseante que volvía me sorprendió cara a cara.

Era un muchacho pequeño, esmirriado, de unos treinta años y con unos ojillos de víbora que le bailaban a través de los lentes. Venía leyendo un libro que hubiese yo reconocido a cien leguas: *Las fieras*

blancas, drama en tres actos, de Marcelo de Montenegro...

Me vio tan pronto como me hube asomado, pero bajó los ojos en seguida y continuó andando y leyendo. Pero tenía por fuerza que pasar ante mí y esto me proporcionó una sensación de intensa y placentera expectativa.

No sabía quién era el sujeto, pero estaba cierto de haberle visto en cien oportunidades, allá en Buenos Aires. Aquel defecto mismo que mostraba en los omóplatos me afirmaba en la creencia. Era casi seguro que él también había reparado en mí muchas veces.

Adopté, para aguardarle, la postura más gaucha y más guaranga que se me ocurrió en el momento: recostarme en el quicio de la puerta, con la mano en la cadera y pisándome un pie con el otro.

El hombre pasó lentamente. Arrastraba los pies y parecía abismado en su lectura. Alcancé a ver que estaba en el comienzo del segundo acto, y en aquella famosa escena en que la infame María Amalia destruye, con una sola palabra, todo el porvenir de su amiga Gernacla.

Como me había dejado ya casi a la espalda y sin saludarme, le saludé yo entonces, en la forma más cortés y más humilde, levantando zurdamente el ala de mi sombrero color “panza de burro”.

—¡Güen día!

Él volvió entonces la cabeza, me miró un instante, entre sorprendido e irritado y luego, sin contestarme, prosiguió muy tieso su camino.

Se veía a las claras que le “reventaba” que un pobre gaucho le hablase inoportunamente. Tuve ganas de gritarle: “¡Güey pelao...!” pero me contuve. Ahora que le veía de espaldas, me convencía del todo de que le había visto mil veces en Buenos Aires y que debía ser un muchacho conocido.

En eso, reapareció el mayor en compañía de Domingo. Parecía tranquilizado e iba azotando sistemáticamente, con el extremo de su largo arreador, todos los cascotes y ramillas que encontraba en su camino.

Se detuvieron a pocos metros de la puerta de la cocina. El mayor hablaba pausadamente, golpeando las cañas de sus botas con su arreador incansable.

—Dígale así a Pérez —explicaba—; él comprenderá la razón... ¡Pues a mí...! Y mañana temprano se viene usted ya que no puede quedarse esta noche... Yo procuraré que tengamos el rodeo parado a eso de las seis... A pesar de que la hacienda es medio chúcaro y el campo está tan lleno de paja que ni se ven los animales...

Domingo, que en tanto que el mayor hablaba no había hecho más que repetir hasta el cansancio: ¡Ajá! ¡Ajá! ¡Ajá!, le tendía ya la mano para despedirse, cuando el mayor, volviéndose bruscamente, clavó en mí sus ojos azules relampagueantes.

Creí que iba a interpelarme por algo como al de los bichos de cesto y sentí un calor de emoción en el “solar plexo”.

Pero el mayor, después de examinarme nuevamente de pies a cabeza, insinuó a Domingo con voz breve:

—Déjemelo a éste... ¿Por qué no me lo deja a éste, hasta mañana ? Tengo poca gente para la recogida y ya le he dicho que la hacienda es chúcara y el campo muy difícil...

Domingo al oírle tragó saliva y me miró con ojos angustiados... Estoy seguro que deseó en aquel momento con toda su alma estar muerto y bien enterrado.

Pero para mi espíritu aventurero y para mi decidida afición campera, aquello resultaba halagador a maravilla. Así que no vacilé un instante.

—¿Y?—dije adelantándome—; si usted quiere yo me quedo... De todos modos, pa tener que volver mañana...

—¡Pues a mí...! —asintió el mayor, que se había puesto a mirar a la distancia—. Usted explíquele a Pérez, él comprenderá. ¡Pues a mí!

Abría la boca Domingo para decir algo que yo iba a contener con un gesto furibundo, cuando una interjección formidable del mayor nos hizo dar un respingo:

— ¡A la gran perra! ¡La chica! —gritó, llevándose las manos a la cabeza.

Con una ojeada abarqué todo el drama: a Raquela se le acababa de alzar la yegua, e iba allá, por el fondo de los potreros, como una exhalación.

Juntos corrimos con Domingo hacia el palenque, pero, mucho más joven y más ágil que él, le saqué una ventaja enorme en la atropellada. Estaba ya a caballo, cuando él no había franqueado todavía los portones. Con una mirada calculé la dirección y la distancia y hundiendo las espuelas al picazo, lo lancé como un ariete contra el frágil portoncillo rojo que cerraba la entrada del potrero.

Oí confusamente una voz que gritaba “por acá, ¡animal!, ¡por acá!” pero no hice caso, Y bajo el formidable empuje del caballo lanzado en toda furia, salté el portón en astillas, dejé, en un alambre del poste, la mitad del sobrepuesto, y me contusioné una pierna, pero a los diez segundos ya cerraba mi oblicua vertiginosa sobre el animal fugitivo.

—¡No puedo, no puedo!—sollozaba acobardada la voz de la niña en medio del vigoroso e imponente redoblar de las patas.

—No tenga miedo —dije—, ¡agárrese, agárrese bien...!

El campo “era bueno”, y el timbre de aquella voz musical y nunca oída centuplicó mi energía: levanté un tanto el caballo para afirmarlo en las manos, y luego, cruzándolo de un lazazo, lo puse al par de la yegua.

—¡Saque el pie del estribo! ¡largue las riendas...!

Hubo un grito agudo, mi brazo izquierdo crujió en un esfuerzo sobrehumano y, mientras la rauda grupa de la yegua, aliviada de su carga, se distanciaba de golpe, el picazo bruscamente sofrenado araba la tierra con las patas...

¡La hazaña estaba hecha!

Como el recado se daba vuelta y el peso me vencía, lo dejé deslizar lo más suavemente que pude. Raquela cayó de rodillas sobre el pasto y yo me largué tras ella, presuroso.

—¡No es nada, no se asuste, señorita!

Y arrodillado ante la niña, que gemía con la cara cubierta por unas manecitas enguantadas en piel de búfalo, procuraba tranquilizarla y tranquilizarme, repitiendo con voz anhelosa:

—¡No es nada, no es nada! ¿Verdad que no se ha hecho nada, señorita?

En eso llegó Domingo a media rienda, y sofrenando bruscamente se tiró también al suelo.

—¿Qué? ¿Se ha hecho daño?

—No, me parece que no.

Raquela se puso en pie.

Vi entonces, por primera vez, la maravilla de sus negros ojos azorados, fijos en mí. Alentaba con fatiga, oprimiéndose el seno que distendía vigorosamente el paño azul de su *chaquette*...

—No se ha lastimado, ¿verdad?

—No, me parece que no...

Y como sonriese al cabo con un suspiro de alivio, Domingo y yo nos echamos a reír también, servilmente.

—No es nada, ya ve que no ha sido nada —le decíamos al unísono.

—¡Ay, qué susto, qué susto! —Y se reía por fin francamente, mostrando toda la gloria de sus dientes...— ¡Qué susto! ¡Nunca he tenido tanto miedo!

Domingo dijo entonces paternal y grave:

—No debería subir animales peligrosos...

—Pero si es mansita—replicó—, le aseguro que es mansita; que no sé lo que le habrá pasado...

—¡No hay que fiarse, de los animales, ya ve! —Y el capataz de mi amigo agregó en seguida apresuradamente—: Güeno, voy a ver de agarrarla en la rinconada. Creo que ha de parar a mano, ¿no?

—Sí, si, cómo no.

Partió Domingo a gran galope y nos quedamos solos con la niña, allí en medio del campo y sin más testigos que mi caballo picazo, que se defendía de la sabandija restregando furiosamente en las manos su fina cabeza cargada de argollas y de trenzas.

Raquela, después de suspirar una vez más un “¡Ay, virgen del Carmen!” que a mi me supo a gloria, me miró muy seria con sus grandes ojos sombríos. Por debajo de la galerita de anchas alas, hundida

hasta las orejas, se escapaban los rizos sedosos de la cabellera más negra que jamás vi y a los que la niña, sospechando sin duda desarreglados por las violencias del trance, llevaba a cada momento sus manos temblorosas y exploradoras...

Comprendí por la expresión de sus ojos, y por el leve pliegue vertical que se marcaba entre las cejas enérgicas y armoniosas como dos alas de golondrina, que la niña quería manifestarme su agradecimiento en una forma expresiva pero que estuviera de acuerdo con las circunstancias de nuestras respectivas situaciones en el mundo.

Experimenté entonces un gozo perverso de jugador empedernido, aquel prurito indomitable de hacer travesuras, que más de una ocasión y allá en mi niñez hizo exclamar a mi padre, mirando a mi madre con ojos escrutadores: “¡Este es loco o zonzol”, y traté de ceñirme escrupulosamente a mi modesto papel de paisanito pobre.

Así, con un pie delante del otro, quebré bien la cintura, ablandé todo el cuerpo, levanté el ala del sombrero, escupí lejos sobre el pasto y con la mano en la cadera, y el rebenque colgando del meñique, me puse a mirar a la distancia.

—Con tal que la yegua no le haiga extraviado alguna prenda... —dije.

Raquela, que se castigaba inconscientemente la palma de una mano con el latiguillo de puño de oro que conservaba en la otra, pareció decidirse por fin.

Es posible que al principio la cohibiera un tanto alguna vaga sospecha de su fina perspicacia de mujer, pero aquella parada, aquel *haiga* y sobre todo aquella escupida, le devolvieron indudablemente todo su aplomo. Yo no era más que un gaucho bruto...

Tornó a mirarme entonces en los ojos y dijo conmovida y grave:

—Lo que usted ha hecho, sólo son capaces de hacerlo muy pocos hombres... Yo se lo agradezco mucho y estoy segura de que papá sabrá...

Me encogí de hombros y dije despectiva y maravillosamente guarango:

—¿Y de áhi? ¿Quería que la dejara matar por la yegua?

—No hombre —replicó ella tras una breve vacilación—; por eso es que digo: Usted ha hecho una hazaña de la que pocos hombres serían capaces y puede estar seguro de que la recordaré siempre y de que papá sabrá recompensarlo.

Entonces bajé la cabeza y dije, gruñón y retobado, escarbando la tierra con la rodaja de una espuela:

—¡Yo no he hecho nada...! Yo he hecho lo que habría hecho cualquiera en mi lugar...

Hubo un corto compás de silencio embarazoso, hasta que Raquela volvió a hablar para preguntarme:

—Usted es peón de la estancia ¿verdad?

—¿Yo? —repliqué—. ¿De ande?

— Ah, yo creía que sería ese peón nuevo que estaban esperando...

—Yo soy mensual de “La Blanca” y mi compañero es el capataz... Hemos llegado reciencito pa buscar unos animales...

—“La Blanca” es lo de Pérez, ¿no?

—¡Ajá!

Le oí suspirar nuevamente y hubo otro breve compás de silencio. Raquela me examinaba y yo, con la vista baja, jugaba con mi rebenque.

De pronto me preguntó:

—¿Quiere decirme su nombre?

Levanté bruscamente los ojos y sorprendí a Raquela apartando los suyos de aquella uña mía que, por conservar su esmaltado, se destacaba entre las otras con un brillo insolente.

—¿Mi nombre? ¡Ajá! —Y ocultando torpemente la uña traidora, como si hubiese sido una indecencia, pronuncié el primer nombre que me acudió a la memoria:

—Me llamo Calistro—dije—. Calistro Güeyo...

Raquela se quedó un instante pensativa.

—Hueyo —murmuró después—, Calixto Hueyo... Usted es de por acá ¿verdad? ¿Tiene familia?

—No, yo soy de Lobos... —y agregué con un dejo de estudiada melancolía—: Y no tengo naides en el mundo.

—¿Cómo ?

—Y, ¿qué quiere? Me quedé guachito cuando a gatas tenía saís años asigún me han dicho... Un hombre que supo ser pulpero, y que hoy es ya finao, me recogió... Después comencé a pionar desde muy cachorro, como casi todos los pobres... Pa mí la vida no ha tenido nada güeno... Aquí ande me ve tengo ya veinticinco años y mentiría si dijese que alguna vez he encontrao cariño o amistad verdadera en algún lao... Aunque me esté mal el decirlo, soy un mozo güeno y capaz de agachármele sin asco a cualquier trabajo de hombre... Ningún patrón podrá decir que le haiga faltao ni “en esto”, y sin embargo, ya le digo, mentiría si dijese que en alguna parte he hallao en la vida una amistá o un afeto verdadero...

Hablaba pausadamente y en voz baja, en ese tono confidencial que al decir de los psicólogos seduce siempre a las mujeres. Raquela, que me escuchaba atenta y pensativa con los ojos ora fijos en mí, ora en el suelo, murmuró al cabo:

—Es raro, tan joven...

Yo proseguí con melancolía:

—Y ¿qué quiere hacerle? Así es el mundo... Cuanti más vive uno, cuanti más clarito va viendo lo fiero que es la vida para el hombre solo. Al comenzar quizás uno se engañe: La curiosidá por las cosas, la juerza de la sangre, esa ansia de retozar como los animales nuevos; pero, endespues, uno comienza a ponerse serio... ¿Y cómo había de ser de otra suerte,

si hasta pa ser güeno, es juerza defenderse de los malos a punta de cuchillo...? Yo no sé...

Raquela me interrumpió nuevamente:

—Yo creo —dijo— que basta ser bueno y honrado para ser feliz y que quién tiene su conciencia tranquila no puede ser desgraciado... Recuerde que casi siempre y si se mira bien, uno es el causante de sus propias desgracias...

Fingí hacer un gran esfuerzo para comprender el “profundo razonamiento” y después me reí amargamente:

—¡Ser güeno! —exclamé—. ¡Ser güeno! ¡De juro que basta con ser güeno! ¡Ja, ja! ¡Cómo se conoce que usted es una señorita, que usted tiene madre y padre, que usted no ha llorado nunca a los diez años, durito e frio, campiendo en una madrugada 'e invierno un animal ajeno confiao a su custodia...! Cómo se conoce que a los veinte no ha güelto a llorar usted en los pabellones de un presidio, al pensar que en el mundo no había justicia, ni amparo pa los güenos... ¡Ajá...!

Al llegar aquí, vi pasar por los ojos de Raquela la sombra antipática de una sospecha, la expresión indudable de un desencanto.

—Ah, ¿usted ha estado preso? —preguntó.

—Sí, señorita, dos años largos, aquí ande usted me ve.

—¡Ah! Y ¿por qué?

—Por eso, justamente porque no sirve ser güeno en el mundo... Porque hasta pa ser güeno es preciso hacer cosas de malo a veces...

—No comprendo...

—Ahorita va a ver: Yo era pion de una estancia en Cañuelas... La estancia de don Juan Arruca, no sé si lo conoce, un vasco muy rico y trabajador... Habían la mar de piones en aquella estancia, porque había tambo... Había también una especie de capataz del tambo, que era un mal hombre: Bruto p'hablar, desajerao y atropellante, que trataba a las pobres mujeres como si fueran animales. A mí ya me tenía caliente, porque aparte —y con perdón de la palabra— de la repunancia que siempre he sentido, no se por qué, por todos los que manejan mujeres que trabajan, era más altivo que un ray pa mirarlo a uno y no parecía sino que fuera el dueño de la estancia... Güeno, había entre las mujeres que trabajaban en el tambo una muchacha, una moza... ¿cómo le diré?, una pobre muchacha media rara ¿sabe?, que le faltaba un sentido, que siempre andaba hablando sola, mugrienta y rotosa y qu'era la diversión de todo el mundo... Güeno, la cosa pasó así: Yo, que ya había alvertido una punta e veces como el capataz se encarnizaba con ella, volvía del campo una mañana como a las jonce con el cuero de un animal que se había quebrao, cuando al llegar a las casas me hallé con el capataz que la traiba a la loca del tambo a empujones... Yo no sé lo que habría hecho la infeliz, pero a la fija que no sería tanto como pa

merecer aquel rigor... Ardiendo e rabia me acerqué al capataz y le dije que hacía mal en maltratar a una mujer. Él me contestó de mal modo y una palabra y otra, usted sabe lo que son estas cosas, se me jué la sangre a la cabeza y le prendí un barbijo en el pescuezo...

Hubo un largo silencio. Yo horadaba otra vez el suelo con la rodaja de la espuela, y la niña, pensativa y con los ojos bajos, se daba golpecitos en la falda con su latiguillo.

Por la costa del alambrado Domingo volvía ya, a gran galope, con la yegua.

Al cabo Raquela levantó los ojos. Su expresión era profunda y pensativa.

—Y ¿después?

— Y después —repuse yo—, y después ya se lo he dicho, dos años, largos, muy largos, en que desié mil veces tener un cuchillo pa degollarme...

—¡Pero salió bien, gracias a Dios...!

—Salí, sí, es verdá, pero li asiguro que dejé pa siempre la mitá de las entrañas allá adentro... Cuando salí ya no era el mismo...

Raquela volvió a demostrarme cierta ansiedad:

—¿Cómo? —dijo sonriente—, ¿se volvió malo acaso?

Yo me sonreí también, pero con estudiada amargura:

—Malo no —repuse—, pero ya no craiba en muchas cosas güenas en que craiba andenantes... Y esto es muy triste porque el corazón del cristiano suele ser como los caballos, que pelean mucho por no cairse, pero que una vez que los voltean ya no hacen nada por levantarse... Yo no he sido nunca un mozo alegre, pero le aseguro que aura no sé lo que necesitaría para volver a creer en la vida y quererla, cuantimás no juera como en aquellos tiempos pasaos, en que me gustaba hasta ver volar los pajaritos... Hoy hasta de ver ponerse el sol se mi hace como un ñudo en la garganta... ¡Yo no sé...!

Raquela, que me escuchaba conmovida, con sus grandes ojos muy abiertos, iba a decirme algo bueno, sin duda, alguna de esas blancas frases maravillosamente consoladoras y maternales, que sólo tienen las mujeres para aquellos que logran interesarlas, pero la interrumpió la inoportuna llegada de Domingo.

—Ahí está la ingrata —dijo, señalando la yegua con el mentón—; cualquiera diría al verla que no ha hecho nada malo...

—El disimulo es una de las armas del sexo... —se me escapó tontamente, y al instante vi fijarse en mí los ojos sorprendidos e interrogadores de la niña.

—¿Cómo dijo? —preguntó.

Invocando a Dios hice un esfuerzo mental formidable para corregir mi torpeza, pero Dios indignado sin duda no acudió en mi auxilio. Tuve que buscar un desvío:

—Va ver que ponerle un freno juerte a ese animal —dije haciéndome el tonto.

Pero Raquela insistió ansiosamente:

—Usted dijo no sé qué de “las armas del sexo”...

—¿Yo? ¿de las armas? ¿de ande?

—Sí, sí...

Domingo nos hablaba pero nosotros no le escuchábamos; empeñados en un mutuo tiroteo de preguntas y respuestas.

—¿Del seso? Yo no he dicho nada del seso...

—Sí, acuérdesse. Usted dijo algo de “armas del sexo”...

Puse la cara de bestia más elocuente que pude imaginar...

—¿Del seso? ¿del seso? ¡Palabra que no recuerdo!

Vi otra vez el despecho y la intriga reflejados en los negros ojos de Raquela...

—Qué cosa —dijo—. Me habrá parecido —y después de mirarme profundamente y de agitar su hermosa cabeza en un tic nervioso, y recogiendo su falda, se acercó sonriente a su montura, que cinchaba Domingo.

—¡Ah!, ¡Mignon, Mignon! ¡La que me has hecho! —y se puso a acariciar el cuello dorado y luciente de la yegua.

Entonces, a mi vez me acerqué a mi caballo, pero en el momento en que comenzaba a aflojar el pegual

para apretar la cincha, oí de nuevo la voz armoniosa de la niña que me llamaba:

—¡Hueyo!

Me volví bruscamente:

—¡Mande!

Y al volverme pude ver cómo Domingo, que sorprendido sin duda al oír pronunciar aquel nombre había vuelto también la cabeza, tornaba a ocultarla sonriendo con fina malicia gaucha, bajo la falda de la montura que estaba ajustando.

Había que andarse con pies de plomo. Los ojos de la niña me escudriñaban el alma.

—¡Hueyo! Me va a ayudar a subir.

—¡Ajá!

Y me puse a esperar que Domingo terminara la operación, fijos los ojos en el horizonte y castigándome una mano con el extremo del cabestro.

—¡Hueyo!

—¿Mande?

—Se le ha roto el sobrepuesto.

—¡Ajá! No es nada, jué al pasar la tranquera.

Y torné a mirar a lo lejos...

—¡Hueyo...! —Domingo se sonrió otra vez y yo le miré furibundo—. También se le ha roto el chiripá, ahí, cerca de la rodilla.

—¡Ajá! —sonreí—, debe haber sido algún alambre...

Ella me miró con cierta turbación y se acercó a la yegua.

—Ya está —dijo Domingo al cabo...

Ví que se le habían puesto las orejitas encarnadas y a mi vez sentí una sensación muy honda...

Raquela apoyó sus manos en la horquilla, juntó los altos tacos lustrosos, y mientras Domingo mantenía la yegua inmóvil, por el hocico, yo, con suave impulso, icé la dulce carga hasta la montura.

—La zapatilla, ahora... Y ¡muchas gracias!

Raquela se había ruborizado un poquito y, mientras con su mano izquierda contenía la yegua briosa e inquieta, con la derecha, de cuya muñeca pendía por la cadenilla el latiguito de puño de oro, se arreglaba el grueso nudo de sus cabellos en la nuca.

Mecánicamente tomé mi puesto de *cavalier servant* a su derecha, y Domingo se colocó a la izquierda.

Recién pude apreciar toda la gracia y gentileza de aquel busto estatuario, que cimbreaba como un junco al andar de la bestia y que se destacaba como una cosa maravillosamente frágil e ideal, encerrada entre el rudo y vigoroso marco que formábamos sus dos compañeros.

Durante un largo trecho Raquela no dijo una palabra. Parecía pensativa y mantenía la vista fija en los edificios de la estancia.

Yo la miraba de reojo. El perfil de su rostro no era puro pero era deliciosamente armonioso y deli-

cado hasta en sus mismos defectos. Mostraba, cuando estaba seria, rasgos que resultaban quizás demasiado severos para aquella carita de veinte años y para aquel cutis que, no sé por qué, me traía a la mente el recuerdo de esos grandes jazmines del Cabo que venden en noviembre por las calles; pero esa severidad desaparecía tan pronto como una sonrisa venía a desflorar sus labios...

La niña volvió los ojos hacia mí.

El picazo iba floreándose a su gusto, la barbada llena de espuma, y yo, con el rebenque apoyado sobre el pegual y el sombrero en la nuca, sacaba mucho el pecho, y miraba el horizonte con calculada indiferencia.

—¿Cómo se llama su caballo, Hueyo?

Iba a decirle sonriendo que Malatesta, como el famoso caballo de D'Annunzio, pero me acordé de que los caballos de los gauchos no tienen nombre...

—¿Y cómo quiere que se llame? —repuse extrañado—: Picazo, picazo overo, algunos le dicen “el picazo oreja tuerta” —y terminé sentenciosamente—: Los caballos de los pobres no tienen nombre, ¿pa qué? Eso queda pa los ricos...

Ella se rió y me dijo con malicia mirándome en los ojos:

—Yo que usted, le pondría ahora “El héroe”...

—¡Ajá! —dije haciéndome el ingenuo—. Y ¿por qué?

—Por lo que usted ha hecho...

Y me miró al decir esto con tan conmovedora expresión en sus bellos ojos, que casi me hizo cometer una tontería.

—Tiene un abrojo grande áhi, en el vestido — dije indiferente.

—¿Dónde? ¡Ah! —Y volviéndose graciosamente en la montura, vio y se quitó la erizada cápsula que estaba adherida a un faldón de su chaqueta.

—¡No lo tire! —dije.

Ella me miró con extrañeza.

—¡Démela! Quiero tener un recuerdo suyo...

Se sonrojó entonces y me dijo toda turbada:

—Pero ¿esto? Si quiere le daré una flor...

—No —repliqué decidido—, quiero el abrojo... — y añadí con voz sorda—: ¡Qué más flor que un abrojo, pa un desgraciao como yo...!

Raquela, mirándome casi espantada, me lo alargó entonces con la punta de los dedos. Observé que le temblaba un poco la mano y que había palidecido.

—¡Gracias, reina! —murmuré solemnemente tomando la semilla y llevándomela a los labios, en ademán de besarla...— ¡Muchas gracias!

—¡Vamos! —dijo Raquela entonces con voz trémula, y arrancamos los tres, a gran galope.

El mayor salió a recibirnos. Estaban con él, su sobrino, el loco de los bichos de cesto, y una mujer

gruesa y morena que debía ser sirvienta o cocinera de la estancia. El hombre, muy excitado, no hacía más que moverse de un lugar a otro, agitando continuamente su arreador inquietante.

Su primera palabra fue de reproche para la niña:

—¡No ve, hija!, ¿no le he dicho? ¿Por qué no me hace caso? ¡Pues a mí!

Raquela le replicó riendo no sé qué cosa que no pude oír, porque en ese momento me deslizaba del caballo para ayudarle a desmontar.

—Permítame... —decía ya casi olvidado de mi papel, cuando alguien se interpuso apartándome casi rudamente por un brazo:

—¡Deje...!

Era el sobrino del mayor, “el dotor”, el “Güey pelao”, que reclamaba los derechos de su parentesco y de su alcurnia.

Sentí que el rubor me inundaba la cara e instintivamente iba a acostarle de un bife, cuando me acordé, por fortuna, del papel que estaba representando y entonces me hice a un lado con toda humildad y acatamiento.

Cuando su bella prima, sonriente y apoyándose apenas en las manos tendidas que le ofrecía, se deslizaba de la montura, el “Güey pelao” se permitió un rezongo fraternal y más inspirado sin duda en el egoísmo que en el interés de la niña:

—¡Vaya una gracia! —dijo—. ¡Buen rato nos has hecho pasar, con tus pavadas...!

Ella, que se sacudía la falda, le miró de arriba abajo con expresión despectiva, y después de echarme una rápida ojeada llena de interés y de ternura, comenzó dirigiéndose a su padre, muy seria y visiblemente turbada:

—Papa, este señ... Este hombr... Este mozo...

Pero el mayor, vehemente e impulsivo, no la dejó proseguir.

Sin soltar el arreador se vino hacia mí y me sacudió por los hombros con sus recias manazas que parecían garras de acero y que temblaban de excitación, después inclinó su pálido y arrugado rostro sobre el mío como si hubiese querido besarme, o hubiese sufrido un brusco desfallecimiento, y por último se apartó de mí, sin haber articulado una palabra, y hurgando nerviosamente en su bolsillo extrajo y me entregó un gran billete nuevecito...

—¡Tomá hijo, tomá!

Y vi que el mayor tenía los ojos llenos de lágrimas...

IV

LA NOCHE HABÍA CAÍDO; una gran noche otoñal, tibia, sedativa y perfumada con el hálito sano de los pastos maduros. Todo convidaba al reposo y al sueño. Hasta los perros de la estancia, con la cabeza y la cola bajas, andaban silenciosos olisqueando las cosas y como si buscasen un sitio definitivo en donde echarse, para descansar de las fatigas y de las emociones de su inquieta labor de todo un día.

El gran silencio sólo era interrumpido, de vez en cuando, por algún grito impaciente y enérgico o algún relincho agudo que venía de allá, del palenque, o del corral de los caballos.

Ante el fogón de la cocina oscura, el loco de los bichos de cesto trataba de encender la lumbre, mientras que yo, recostado en el quicio de la puerta, atisbaba a través del patio, hacia las dependencias de los patrones, también oscuras y silenciosas, como si hubiesen estado deshabitadas.

Solamente en un momento dado, vino la sirvienta morena y gruesa a arrojar un gran cubo de agua sobre el tupido césped de un cantero.

Me había aburrido de una manera atroz toda la tarde. ¿Dónde estaría Raquela? En vano la habían buscado mis ojos sin descanso, en vano había ido al palenque cien veces, en vano había abrevado mi caballo en el bebedero del molino, en vano lo había echado en el potrero, en vano había estado largo rato en la tranquerita rota conversando con el loco de los bichos de cesto; en ningún momento pude columbrar, tan sólo, la gentil silueta de la niña. Había visto al mayor a eso de las cinco y siempre asistido por su formidable chicote, muy ocupado al parecer en destruir con los pies una caravana de hormigas que se deslizaban a lo largo de un seto.

Había visto salir, más tarde, de una de las piezas y con unas polainas amarillas de bandido de la Sierra Morena, que resultaban enormes para sus piernas, al “Güey pelao”, que se fue arrastrando sus pies hacia el monte de acacias, con un rifle al hombro y el tomo de *Las fieras blancas* en el bolsillo.

Había visto entrar también, en otra de las habitaciones que se señalaba por una frondosa enamorada del muro cuyas guías parecían empeñadas en asomarse al interior por la ventana, a una sirvientilla rubia que llevaba un servicio de té en una bandeja, pero en ningún momento pude descubrir a aquélla cuyo recuerdo me ponía ya como un dulce calor en las entrañas.

¿Qué estaría haciendo Raquela? ¿Se habría enfermado quizás? ¿Estaría pensando en mí en aquel momento, en aquel extraño gaucho nunca visto y a través de cuyas pupilas se presentía como un inquietante y seductor misterio? ¿Estaría triste? ¿Estaría alegre? Y no sé por qué, por primera vez en ese día, sentí que algo como un reproche, o como un remordimiento, nacía en mi cerebro y descendía a mi corazón como arrastrado por la sangre...

En esto un hombre que llegaba con su recado a cuestras, interrumpió mi soliloquio:

—¡Güenas! —dijo y después de escudriñarme al pasar, con unos ojillos desconfiados y maliciosos como los de un mono, entró en la cocina. No había estado entre los que asistieron al almuerzo y observé que era mulato y que tenía esa voz atiplada que es una de las características del tipo.

Dejó caer el apero en un rincón, preguntó algo que no pude oír al loco de los bichos de cesto y luego, y probablemente porque la cocina se iba llenando de humo, vino y se colocó afuera, junto a mí.

—Yo soy Manuel Tejeira —comenzó mientras deslizaba una tabaquera de buche de avestruz y en el mismo tono con que Bernstein podría haber tirado su nombre al empresario reacio de un teatrillo de lona de Choele-Choel—. Yo soy Manuel Tejeira...

—Mucho gusto... —Y no pude menos que sonreírme de la idiotez del mulato y su pretensión de primitivo.

Era bajo y lampiño, tenía redondeces casi femeninas, y mostraba una sonrisita entre mala y protectora, que le hacía muy antipático.

—¿Y usted quién es?

— Yo soy mensual de “La Blanca”...

—Digo, su gracia...

—Calistro Güeyo, pa lo que guste.

—No conozco a naides de ese nombre...

Por el tono sentenciosamente insolente con que me lo dijo, tuve unas ganas locas de decirle que me sentía desconsolado ante esa gran desgracia, pero me contuve y contesté gravemente:

—No soy de acá; soy de Lobos...

Él, que acababa de liar un cigarrillo y preparaba su yesquero de cola de mulita para darle lumbre, meditó un instante y luego dijo rotundo:

—Aquí no hacen falta piones, y además al patrón no le gustan los forasteros.

Le miré un instante y repliqué después muy digno:

—No he pedido conchabo...

En ese momento llegó también a la cocina, con el recado al hombro, el mensual de campo de la estancia, un lindo mocetón rubio, apellidado Novillo, muchacho franco y alegre como un amanecer de verano, pero gaucho como una bota de potro.

Habíamos simpatizado mucho aquella mañana. Al entrar me palmeó de pasada:

—¡Bien haiga —dijo— el lobero rompedor de tranqueras! —y riéndose siempre fue a tirar su recado con gran ruido.

Vi que el mulato se había puesto muy serio. Hizo caer la ceniza de su cigarrillo con la uña del meñique, se destosió, escupió y después sin mirarme me lanzó gravemente esta pregunta:

—¿Y pa qué quebró la tranquera amigo?

Me alcé de hombros sorprendido:

—Y... pa ganar tiempo, ¿qué iba a hacer?

El mulato tornó a quedarse en silencio por espacio de algunos segundos y al cabo dijo entre dientes:

—Ta güeno; ta güeno... Si pa cada que uno va a hacer, va a romper alguna cosa...

Iba a replicarle, sin duda con fastidio, cuando advertí en la obscuridad del patio las siluetas de dos personas que conversaban.

Más que mis ojos mi corazón adivinó a Raquela. Estaba con su primo y hablaban en voz baja.

Otros hombres entraron en la cocina, donde ardía la llama de un gran fuego.

—¡Guenas! —me decían al pasar, tocándose el ala del sombrero y yo les contestaba mecánicamente, apartando un instante los sentidos de aquella pareja que tanto me interesaba.

El mulato Tejeira se desperezó y, tirando el pucho, entró también silencioso en la cocina, donde las conversaciones se animaban.

De pronto, encendieron el gran farol a kerosene que iluminaba el patio desde lo alto de un poste. Y su luz destacó plenamente a la pareja, pero no a mí, que permanecí en lo oscuro.

Pude observar que Raquela y su primo discutían y que cuando se encendió la luz, la niña, sorprendida, hizo un movimiento como para marcharse y miró con inquietud hacia el sitio donde me encontraba.

Confieso que experimenté una sensación de desencanto. ¿Qué tenía Raquela que dilucidar con su primo allí en lo oscuro? Aquello olía a intriga sentimental desde media legua. “¡Oh! ¡las mujeres!”, pensé en mi despecho egoísta, “uno siempre dispuesto a idealizarlas y ellas en cambio...”

Mi amigo Novillo me tocó el hombro.

—¿Y, aparcero, ¿no dentra?

—Ya voy —dije—. Ahorita voy.

Él estiró el pescuezo y se asomó afuera, indiscreto:

—¿Qué está vichando? —y añadió en seguida al enterarse—: ¡Ajá! ¡“servite que son sardinas”!

Le hubiera roto el alma a palos... Parecerá absurdo, pero entré en la cocina con la sensación penosa de un gran vacío. La gente me recibió entre risas y exclamaciones cordiales:

—¡Vaya hombre!

—Venga p'acá, atraquesé...

—¡Ni que juera lechuza...!

Yo sonriendo arrastré un banquito hasta la rueda del fogón y reasumí mi papel con esfuerzo.

—Estaba esperando —dije— que se juera un poco el humo... Me hace mucho daño a la vista...

El capataz de la estancia, don Gregorio, como le decían, un viejo huesudo y medio infelizote, me preguntó cortésmente si había acomodado mi caballo, y un peón de la casa, muchacho enfermizo y pálido que asaba un peludo en el rescoldo, me alargó un mate:

—Sirvasé...

Habían hecho una fogata enorme con buena leña de acacia blanca, de puro vicio sin duda, porque además de hacer mucho calor para tanto fuego, aparte de aquel peludo del muchacho flaco, allí no se cocinaba nada.

Como ocurre siempre en las reuniones de gauchos, en aquella se dialogaba muy poco. Hablaban por turno y con largos intervalos de silencio y sólo de vez en cuando alguna risa o algún chiste interrumpía al orador.

Comprendí desde luego que el amigo Novillo era el gracioso de la compañía y que, convencido de su papel, llegaba como todos los graciosos consagrados a creerse en la obligación de no ahorrar sus chistes en ninguna oportunidad.

Como es de imaginarse, el suceso de la mañana, en el que me correspondió un papel tan descollante, fue el tema principal de la conversación, y como es de suponer también, dada la disparidad de los criterios humanos, el procedimiento empleado por mí en el trance fue ampliamente criticado.

—Yo —dijo, por ejemplo, el domador de la estancia— hubiera boliao la yegua...

—¡Ajá! —replicó Novillo—, ¿pa que la sacase lim-pita a la muchacha de un corcovo?

—No —replicó el otro—, pa no correr el riesgo de echarse el caballo encima en una costalada. ¡Caray! Uno que va en toda la furia, casi en el aire puede decirse, y que de golpe y porrazo se le echa un tremendo peso de lao, si no es como pa echárselo encima.

—¡Ajá! —replicó entonces Novillo que estaba allá por el fondo de la cocina haciendo no sé qué con unas pilchas—. ¡Ajá! No digo que no, pero ya ve cómo le salió bien al forastero, y el hombre se apuntó con un tanto que pa mí lo quisiera...

—No digo que no...

En ese momento intervino el mulato que hasta entonces había permanecido en silencio, con el sombrero sobre los ojos y como hipnotizado en el fuego.

—Y... ¡no hay como ser forastero para tener suerte! —Y agregó luego, casi agresivo y dirigiéndose a mí—: ¿Es verdá que el patrón le dio una punta de pesos?

—¡Ajá! —expliqué—. Yo no quería acetarlos, pero el hombre se empeñó tanto...

—Y usted ha de haber hecho mucha juerza ¿no?

Se ponía insolente y traté de desviar la cosa.

—Hice todo lo que pude —dije—, y además los pobres no podemos ser orgullosos...

—¡Así es! —apoyaron algunos al unísono y todos volvimos a quedar callados, fijos los ojos en la llamada crepitante.

De pronto dijo Novillo en alta voz:

—El que no me parece que haiga quedao muy lindo que digamos es aquí el amigo don Injundio —por el loco de los bichos de cesto—: la prienda ha corrido un peligro machazo y el varón no se vido...

Todos los circunstantes soltaron la risa.

—¡Chá que había sido mulita!

—¿Pa cuando son los galones, amigo?

El loco, siempre cubierto con su ponchito listado, y hecho bola en su banco, replicó muy risueño:

—Yo no vide nada, estaba con los bichos, que de no...

Todos volvieron a estallar en una general carcajada.

—Que de no, ¿qué?

—La habría sacao yo, del caballo....

Después que se hubieron apagado las risas y los dicharachos que provocó la respuesta del infeliz entre aquellos otros infelices, tan implacables como todos sus hermanos en cualquier escala de la especie, cuando se trate de acentuar una diferencia moral o social o intelectual que ya es evidente, Novillo gritó dirigiéndose a mí:

—¿Usted no sabe, aparcero, que la hija del patrón es prienda de este mozo?

Sentí al oírle un calorcillo en la cara y me sonreí con una mueca.

—¡Ajá!

—¡La pura verdad! Pregúntele, de no. —Y en medio de las risas de todos, el gaucho me incitaba con guiños expresivos a que iniciara el interrogatorio.

Yo, que ya veía venir la cosa y que sabía muy bien cómo *la cocina* se venga desde que el mundo es mundo de los desprecios de *la sala*, traté de desviar la conversación, pero fue inútil. El gracioso profesional se empeñó en no ahorrarme el espectáculo.

—Diga, don Injundio —insistió—, ¿no es cierto que Raquela es prienda suya?

El loco volvió la cabeza a medias:

—Y tan cierto como que se vamo a casá en cuanto acabe de matá lo bicho.

Hubo una gran explosión de risa. Estoy seguro de que la mayoría de aquellos hombres se reían sincera e ingenuamente, casi sin maldad podría decirse

y nada más que por que la pretensión del loco les resultase graciosísima; pero confieso que la escena se hizo para mí odiosa, repugnante, inaguantable.

Novillo continuó, siempre riendo:

—Y diga, amigo, al fin en qué quedamos, ¿la besó o no la besó en aquella ocasión a la Raquela?

El loco tuvo una sonrisa cínica.

—Si —afirmó—, la besé. Bien que la besé...

Al oír aquello sentí que la sangre me hinchaba las carótidas, sentí que no podía más, que iba a estallar de indignación y de vergüenza, como si la niña hubiese estado allí, desnuda ante la cruda luz del fogón, sufriendo los ultrajes de aquellos miserables.

Removiendo el banco dije cualquier cosa a don Gregorio, lo primero que se me ocurrió:

—Me han dicho, señor, que el campo está muy fiero y que la hacienda es bastante chúcará...

El viejo comenzaba a explicarme con deferencia, cuando la atiplada voz del mulato le interrumpió guaranga y agresiva:

—Mejor que cuente aquello del galpón —gritó dirigiéndose al loco—, aquello e la pila e lana...

Y volvió a hacerse el silencio. Los ojos del loco que sonreía se fijaban interrogadores en los del mulato:

—¿De la pila e lana ?

—¡Ajá! Cuando la ayudaba a Raquela a bajar el gatito que se había subido...

Entonces no me pude contener más y completamente olvidado de mi papel, ante la ruin insistencia de aquel miserable, le dije con los dientes apretados y en el mismo tono con que se lo hubiera dicho allá en el club, a un contertulio impertinente:

—¿Por qué insiste...? ¡Vaya un gusto el suyo! ¡Yo no me explico!

El mulato sorprendido se turbó un tanto al oírme, pero enseguida reaccionó:

—Y a usted ¿qué le importa? —dijo.

—La prueba que me importa —repliqué con energía— es que sé lo que digo... Debería tener vergüenza de estarle tirando así la lengua a un desgraciado para que diga barbaridades.

El mulato, que se había puesto al oírme de color de aceituna, se incorporó echando mano al cuchillo.

—Salga ajuera si es hombre —dijo.

Y yo, que al ver su actitud y olvidado por completo de que tenía una formidable “fariñera” en la cintura, me había apoderado instintivamente de un banco, repuse como un insensato:

—¡Afuera o en cualquier parte!

Don Gregorio quiso poner paz:

—¡Vamos caballeros! ¡parece mentira! —y se retorció tontamente las manos sin hacer nada más práctico.

El mulato ganó el patio con el cuchillo en la mano, recogiendo de pasada el pellón de carnero de

un recado que estaba junto a la puerta, y casi todos los circunstantes salieron tras él, empujándose como ovejas. Yo fui uno de los últimos. Al trasponer la puerta Novillo me dijo casi al oído:

—Guárdese, compañero, que es medio mal pegador....

El mulato, con el cojinillo envuelto en el brazo izquierdo, me esperaba.

—Venite, sarnoso— dijo.

Recién entonces recordé que aún no había sacado el cuchillo y lo extraje maquinalmente.

El mulato se encogió como un gato montés.

—Venite—repitió con voz sorda...

Pero en ese momento se produjo un incidente inesperado.

Un portazo, un grito rabioso, una carrera a través del patio y el mayor apareció entre nosotros, como si hubiera llegado de un salto.

Estaba siempre en cabeza, con su inseparable arreador en la mano, y gritaba a voz en cuello:

—¿Qué pasa aquí, trompetas? ¿Qué están haciendo, hijos de un tal por cual?

El mulato, que había ya guardado su cuchillo, fue el primero en hablar:

—Es este endevido, señor, que me provoca.

El mayor se volvió hacia mí como una víbora:

—No señor —grité a mi vez—, es este mulato trompeta que le estaba faltando al respeto a su hija...

—¡Ah, hijuna!

Entonces vi lo que era aquel hombre. Sin esperar más, de un salto felino salvó la distancia que los separaba y cayó sobre el mulato como un tigre.

Del primer golpe, con el arreador, echó al sujeto al suelo, luego le azotó, le pateó, le saltó encima, trocando sobre su cuerpo como si hubiera querido desmenuzarle bajo sus botas, y por último, levantándolo por el cuello le incorporó con un esfuerzo bestial y de un tremendo puntapié le arrojó otra vez de bruces en el patio.

—¡Canalla! —gritaba como un energúmeno, como un poseído—, ¡canalla! ¡Mulato trompeta, te voy a romper el alma, te voy a sacar el cuero a lazazos...! Mandate mudar ahora mismo, que no te vea más la cara —e inclinado sobre el cuerpo del caído, se encarnizaba en él a puntapiés...

El espectáculo era tan brutal, que el bueno de don Gregorio se atrevió a intervenir tímidamente:

—No le pegue más, patrón, por favor...

Al oírle el mayor, se volvió a él con los ojos extrañados de ira. Pensé que iba a arrojarse sobre el viejo para molerle también como al otro, pero el mayor se contuvo, e inclinándose sobre el caído le tomó por el pañuelo blanco que tenía en el cuello y arrastrán-

dole como a una res, se lo llevó hasta afuera de los portones de la estancia. Inmovilizados en el patio, pudimos aún oír sordamente los golpes de despedida que le daba.

Después volvió hacia nosotros a largos pasos y dijo, encarándose con don Gregorio que estaba lívido:

—Que a ese trompeta no lo vea yo ni un minuto más aquí en la estancia. ¡Que le traigan su caballo y a la...!

Y agregó en seguida, dirigiéndose a mí:

—¡Y vos, trompeta, no me vengas a compadrear aquí con sacadas de cuchillo, por que te via a romper el alma! ¡Qué se han creído, sarnosos! ¡Pues a mí!

Y se fue rápidamente hacia la casa, haciendo crujir con furia los estrechos cañones de sus botas.

Nos quedamos un momento silenciosos e inmóviles, hasta que al cabo reaccioné yo:

—Bueno —dije al capataz—, es preciso ver lo que tiene ese hombre; hay que auxiliarle —e hice un movimiento como para dirigirme hacia el portón.

Novillo me detuvo:

—Deje, amigo, usted no vaya. ¡No sabe lo que es ese hombre! Entoavía es capaz de prenderle el cuchillo dende el suelo...

—Bah, bah —dije, y me aprestaba a seguirlo, cuando la voz de Raquela me detuvo. Venía con su primo y hablaba ansiosa y sofocada.

—¿Qué es? ¿Qué pasó?

Don Gregorio explicó a su manera:

—Nada, niña, cosas del patrón...

—Sí, pero ¿qué ha sucedido?

—Nada, niña, cuestión de piones, y el patrón, ya sabe cómo es, le pegó unos rebencazos a Tejeira...

—¡Oh! —exclamó ella entonces, con una mezcla de asombro y de disgusto—. Y ¿lo ha lastimado?

—Sí... No... no sé; ahorita vamos a ver...

—Sí, vayan, vayan en seguida; ¡por Dios! —Y se retorció las manos, contraído el rostro de ansiedad y de angustia—. Vayan ligero, hombre... ¡Qué cosa, qué cosa, Dios mío!

Solo al marcharse los otros, Raquela reparó en mí.

—Buenas noches...

—Buenas noches, señorita —repuse urbanamente quitándome el sombrero.

—Usted vio, ¿verdad? Dígame qué es lo que ha pasado.

—Nada, señorita, no se alarme. Una discusión en la cocina que determinó que su papá interviniera y nada más.

—Sí, pero ¿eso de Tejeira?

—Y nada, que ese Tejeira era uno de los peleadores y su papá lo echó violentamente...

—Pero, ¿está lastimado?

—No, señorita, no tiene nada, no se preocupe.

El “Güey pelao” intervino irritado, y dirigiéndose a mí:

—Y, entonces, ¿por qué tanto bochinche?—dijo.

Sorprendido le miré un instante y después repuse tranquilamente:

—¿Y qué quiere, Don? De una nadita a veces se hace una cosa grande. El patrón tiene un genio muy fuerte.

Raquela se dirigió entonces a su primo con afligida vehemencia:

—¿No ves? Es lo que yo te digo; es papá que no puede contenerse y que un día me ha de hacer volver loca.

Vi lágrimas en los negros ojos doloridos y sentí que una emoción de ternura intensa me inundaba las entrañas. Hubiera querido poder estrecharla cariñosamente entre mis brazos y decirle que no llorase, que no se asustara, que no tuviese miedo de nada, que para eso estaba allí yo, que la cuidaría y que la protegería contra todo mal, hasta haciéndole una coraza con mi piel si fuera necesario. Pero, como no podía decirle eso, le dije simplemente y con aquella alegre energía que inspira fuerza y confianza a los débiles y a los afligidos:

—Pero, señorita, si no es nada. Le aseguro que esto no tiene ninguna importancia. Le aseguro que

nadie se va a morir por lo que ha ocurrido. Su papá ha despedido a ese hombre porque era un insolente y nada más. Esto pasa todos los días en todas partes.

El “Güey pelao” se paseaba nerviosamente, repitiendo entre dientes y como si hablara consigo mismo:

—¡Qué chusma! ¡qué chusma! ¡Me ataca los nervios esta chusma!

Y Raquela, después de dirigir una mirada ansiosa hacia el lado en que se estaba desarrollando el epílogo del drama, bajó la voz y me dijo encantadora e ingenuamente confidencial:

—¡Ah, las que yo paso! Nadie se imaginará las que yo estoy pasando...

—¿Por qué, señorita?

Pero su primo al oírla la interrumpió con cierta violencia:

—Porque querés... —dijo—. ¡Nadie más que vos tiene la culpa!

Y se pelearon entonces. Ella dijo que como él era un egoísta, incapaz de sacrificarse por nadie, no podía comprender nunca ciertas cosas, y él le dijo, con toda insolencia, que ella era una tonta en sacrificarse por un viejo neurasténico y maniático como era su padre y vivir entre aquellos salvajes, cuando podía pasarlo muy bien en Buenos Aires...

En eso llegó Novillo que venía a buscar el recado del mulato para ensillarle el caballo, y quien, des-

pués de tranquilizar a la niña diciendo que el hombre había reaccionado ya, agregó al irse y dirigiéndose a mí:

—Y usted, cuídese, amigo, que ese hombre se la ha jurao y es mal bicho.

Me alcé de hombros sin contestar, pero Raquela, fijando en mí sus grandes ojos asustados e interrogadores, exclamó con sorpresa:

—¡Cómo! ¿Era usted? ¿Era con usted la cuestión, entonces?

No sé porque recién me di cuenta de que había estado hablando a la niña olvidado en absoluto de mi papel, a tal punto que si ella no había advertido ese cambio era sin duda por la excitación nerviosa que la dominaba.

Dueño ya de mí, repuse trabajosamente:

—¡Ajá! Pero yo no tuve la culpa de nada, le aseguro. Yo sé respetar cualquier parte. Él me provocó, quiso peliarme, qué iba a hacer; al más manso se le va la sangre a la cabeza.

Bajó sus ojos pensativos y repitió con desaliento:

—¡Qué cosa, Dios mío, qué cosa!

Yo entonces, grave y digno, agregué tristemente:

—Siento mucho que haya pasado esto. Usted va a pensar, quizá con razón, que soy un camorrero... Dispense el mal rato y no se aflija más. Con su licencia voy a ensillar para dirme...

Raquela levantó bruscamente la cabeza:

—¡Ah! ¿por qué ?—dijo.

—Y..., después de lo que ha pasao no está bien que yo me quede. Así que con su licencia, ¡güenas noches! —Y me volvía ya lentamente para marcharme, cuando la voz de la niña, imperiosa, pero alterada por un timbre de aflicción, me dejó clavado en el sitio.

—¡Hueyo!

—¡Mande!

—Entonces ¿se va?

—Y, ¿qué quiere que haga, señorita?

El “Güey pelao”, inmóvil a dos pasos y con las manos hundidas en los bolsillos, taconeaba impaciente sobre el piso endurecido del patio.

Raquela dudó un momento: sobre su alma se deslizaba sin duda aquel minuto supremo en la vida de las mujeres que decide para siempre de su suerte.

Pero la lucha fue breve. De pronto se me acercó, casi hasta tocarme.

Había palidecido y vi en sus negras pupilas como una angustia agresiva.

—Mejor es que no se vaya —dijo—, quédese hasta mañana.

Y yo le repuse entonces, con voz sorda:

—Si usted me lo pide, eso y la vida y todo...

La niña se estremeció como si hubiese recibido un insulto o una descarga eléctrica, pero en seguida dijo, levantando la voz y con ese arte maravilloso con que suelen manejar el disimulo las de su sexo:

—Bueno, pierda cuidado, yo le diré a papá que usted quiere quedarse. Vaya a comer no más. Ya llevan la comida. ¡Buenas noches...!

—Buenas noches, señorita...

El “Güey pelao” ni me miró tan siquiera, y, mientras inmóvil en medio del patio, veía yo alejarse a la pareja, oí que rezongaba a su prima no sé qué de “extravagancias”, de “gauchos roñosos” y de “la chusma”...

V

IGNORO SI LOS SUCESOS de la víspera contribuirían al desorden, pero lo cierto es que ya era de día claro cuando echaron por fin la caballada en el corral.

El mayor, vestido con un traje de dril a rayitas, y su inseparable arreador en la mano, aguardaba impaciente que le ensillasen su gran tostado roano, y yo —que acababa de ponerle los cueros a un zaino que, al decir de Novillo, era *como para agarrar aves-truces a mano*—, estaba arreglándome la alzaprima de una espuela, puesto un pie sobre uno de los alambres del corral de los caballos, cuando la voz de don Gregorio advirtió toda azorada:

—¡Vea, vea, patrón, aquello es juego!

Al oírle, no solamente el mayor sino todos nos volvimos como impulsados por un resorte. Hay que saber lo que significaba la palabra *fuego*, en ciertos parajes y en ciertas épocas.

El mayor, rígido, con los rasgos contraídos y la cabeza erguida como un animal chúcaro que otea un peligro, miró un instante hacia el punto indicado y luego azotó el suelo con su arreador, lanzando un terno formidable.

Y no era para menos. Allá, al oeste, en el fondo lejano de los potreros de la estancia, como un heraldo aciago, una grácil columna de humo plomizo comenzaba a alzarse encorvada por el viento.

Vi la ansiedad en todas las caras. El mayor se puso a gritar como un poseído. Movíase de acá para allá, dando órdenes entremezcladas con insultos:

—¡Que echen la tropilla del carro! ¡Que saquen la rastra del galpón! ¡Movete vos, animal! ¿Qué estás ahí, abriendo la boca? ¡Andá y traete unos cuantos cueros de epidemia y mojalos bien en el bebedero del molino!

Los hombres azorados y, lo que es peor, aturullados por los gritos del patrón, se desparramaron corriendo torpemente y echando miradas inquietas a aquel humo fatídico que se agrandaba a ojos vistas.

Los preparativos se realizaron sin embargo en pocos minutos.

Se echaron los caballos en el corral; se atalajó a cuatro de ellos con arreos de carro y se los enganchó a la rastra de apagar fuego: un pesado armatoste de cadenas y de construcción *yankee*, que según supe después no había sido ensayado nunca, pero en cuya eficacia, no sé por qué, se creía en la estancia a pies juntillos.

Apenas salimos al campo, pude darme cuenta de que el siniestro se presentaba en las más desfavorables circunstancias. Soplaban un viento arrachado del Oeste, y aquel campo muy dividido, estaba de paja hasta no poder más. Había bajos en que las cortaderas cubrían por completo a un hombre a caballo, y en otras partes la paja voladora acumulada era tanta, que acolchaba materialmente los postes y los hilos de los alambrados.

—¡Esto va a arder como yesca! —me dijo sordamente Novillo, que trotaba a mi lado junto a la máquina, en un gateado overo que se iba encogiendo nervioso bajo la impresión de los cueros mojados que llevaba en el anca—. Esto va a arder como yesca y que no permita Dios, entuavía, que el juego se gane en el cuadro de las mestizas...

—¿Por qué? —dije.

—¡Caray! Allí sí que hay paja...

El mayor, que marchaba en su roano, al frente de la caravana y en compañía del domador de la estancia, volvió la cara para hablar al capataz que conducía la máquina. Vi que estaba muy pálido y que le temblaban las manos de impaciencia y de ira.

—Apúrese —dijo—, apúrese —y en seguida arrancó al galope. Le volaba el saco de dril bajo el viento y recién observé que iba en cabeza.

Cuando llegamos a la primera tranquera, ya la quemazón había centuplicado su frente de ataque. Era como una gran montaña de humo blanquecino,

cuyas crestas movibles despeinaba el viento y en cuya falda, donde se retorcían furiosamente mil remolinos negros, comenzaban a percibirse las rojas lenguas del fuego...

El espectáculo no podía ser más imponente. Una sorda crepitación llenaba la atmósfera y el campo comenzaba a animarse ante el peligro.

Veíanse grandes *puntas* de vacas marchando viento abajo como si alguno las arriase y una cuadrilla de ñandúes pasó a nuestra derecha en carrera vertiginosa.

La emoción me hizo pensar en Raquela. ¿Tendría miedo, acaso? Me hubiera gustado que me viese así, yendo hacia el peligro y en aquella marcha que tenía algo de empresa guerrera.

Novillo aproximó su caballo.

—Pa mi —dijo— que ha sido el negro Tejeira.

—¿Qué?

—El que ha encendido la quemazón.

—¿Usted cree?

—Y, ¿quién más va a ser? —Y el gaucho agregó convencido—: Usted no sabe, amigo, qué clase de bicho es ése.

Habíamos conseguido tomar un *limpio*, y los caballos que tiraban de la pesada máquina pudieron acelerar el aire de marcha. Comenzaba a hacer calor y a percibirse ya los formidables rugidos del incen-

dio. Por todas partes se veía huir animales, y uno de los perros que nos acompañaban trotando acobardados junto a la rastra, hizo crujir entre sus dientes el caparazón de una mulita que se echó atolondrada entre las patas de los caballos.

Ya sobre el terreno del fuego y recortada su silueta negra sobre el humo de la quemazón, el mayor nos mandaba con ademanes furiosos que nos apresurásemos. Pero no era fácil arrastrar aquel pesado armatoste, que trepaba dificultosamente los matorrales de paja, para caer después pesadamente con gran ludir de cadenas.

En cuanto llegamos, pude ver claramente la gravedad de la situación. El pajonal no era muy alto en aquel lugar, pero era extenso y compacto y el viento arrachado precipitaba el fuego sobre él con tal violencia, que, mordiendo apenas las puntas de las pajas, corría en oleadas vertiginosas sobre la ondulante superficie. Era imposible atacarlo allí, y en consecuencia, nos corrimos con la máquina hacia uno de sus flancos.

El humo y el calor nos sofocaban. Por todas partes las llamaradas rugían furiosas, alzándose hacia el cielo en torbellinos de chispas o abatiéndose sobre la maciega reseca como sopletes gigantes.

Vi cómo una lechuza aleteaba atontada allá, muy alto, entre un remolino de humo blanquísimo, y cómo de pronto la alcanzaba la llama de un salto y la precipitaba girando incendiada como un trágico fuego de artificio.

Una punta de yeguas chúcaras, con las colas erguidas como penachos y las orejas enhiestas, trotaban inquietas yendo y viniendo a lo largo del próximo alambrado, sin atreverse a tomar un rumbo definitivo.

Contra el parecer de su capataz, que opinaba otra cosa, el mayor se empeñó en iniciar allí mismo el ataque del fuego.

Al principio, la operación pareció practicable. Sobre el pasto bajo, la apagadora surtía su efecto, por más que los caballos que la conducían se chamuscasen las patas, pero en cuanto trataron de meterla entre la alta maciega, se tuvo la evidencia de su fracaso. La llama se colaba por entre las cadenas, y el fuego se amortiguaba tan poco, que los que seguíamos el aparato azotando vigorosamente las pajas con cueros mojados, nos agotábamos en un esfuerzo inútil. De pronto, un remolino del viento echó todo el humo y la llamarada sobre los caballos, que se encabritaron sofocados y fue menester apartarlos.

El mayor, encaprichado y furioso, hizo abandonar la silleta al viejo don Gregorio —que, con la cara congestionada, tosía y tosía a más no poder—, y ocupándola él, volvió a meter los caballos entre el humo. ¡Pero inútil empeño! Los animales acobardados volvieron a encabritarse, y por instinto, se echaron solos afuera.

El mayor los azotó sin piedad, con la soterá y con el cabo de su formidable arreador, pero en vano. Los caballos terminaron por empacarse, enredándose en

los tiros y coceando la máquina. Vi que uno de ellos, un tordillo panzón, tenía todo el pelo soflamado *del lao del lazo*, y que a otro, un malacara pampa, le comenzaba a arder la bajera.

El mayor, de pie sobre aquella máquina inútil y en la cual había depositado sin embargo tanta confianza, miró en torno con la desesperación de la impotencia.

En ese momento, volvieron a pasar las yeguas por la costa del alambrado, trotando azoradas entre el humo y mirándonos con asombro, y entonces, el mayor, como repentinamente inspirado, descendió de la máquina.

—¡A ver! —gritó—, ¡a ver, enlacen una yegua, vamos a matar una yegua!

Novillo y yo saltamos a caballo, y mientras el gaucho *armaba* el lazo, yo le echaba los animales para que enlazase *a la cruzada*. Pero Novillo no tuvo suerte; enlazó, pero enlazó mal; enlazó *de media paleta* una gran yegua colorada, ligera como el viento, que del tirón formidable le reventó el lazo.

El mayor le insultó groseramente:

—¡Gaucho bruto!, ¡animal!

Y ordenó enseguida, dirigiéndose a mi:

—¡A ver! ¡Enlazá vos!

Entonces, y mientras Novillo a gran galope le *re-puntaba* las yeguas, el autor de *Las fieras blancas*, muy satisfecho por la distinción que se le hacía, ar-

mó cuidadosamente su famoso lazo de ocho tientos y de catorce brazadas, *que no había peligro que se cortase*, porque estaba hecho, al decir del cordobés que se lo vendió, “con cuero de noviyo bayo, criaio a la sombra”.

Y la suerte me favoreció. Con una armadita de floreo, como para enlazar zorros, enlacé magistralmente, de *medio cogote*, aquella misma yegua colorada y grande, que debía estar señalada para el sacrificio por la fatalidad de su sino.

El animal detenido en mitad de su huida salvaje, se levantó sobre los remos traseros, manoteó en alto, lanzando relinchos, y luego dio el frente esparrancado sobre sus cuatro patas, y estrangulándose con el lazo.

Mostraba la lengua blanca de espuma y en medio de la crepitación del incendio, se percibía claramente su jadear angustioso.

Novillo se tiró al suelo con el cuchillo en la mano —un largo cuchillo de cachas amarillas y con dos palmos de hoja—, y cautelosamente comenzó a acercarse a la yegua, que se abalanzaba de nuevo.

—¡Apurate! —le gritó el mayor impaciente.

Entonces con la mano izquierda apoyada en el lazo, el gaucho se agitó en una blanda gambeta de avestruz agresivo; relampagueó la puñalada, saltó la sangre hirviente sobre el pasto, y el animal herido de muerte pegó un corcovo enorme. Después, bajando el testuz y con el cuello estirado, hizo gravitar

todo su peso sobre el lazo que se alargaba como un elástico, y mientras que de su aorta, magistralmente abierta por el cuchillo, saltaba la sangre lejos, a los impulsos del sístole, un ronquido, estremecedor y angustioso, se percibía entre el rugir de las llamas.

La yegua sólo se mantuvo de pie breves segundos.

Vi cómo la anemia fulminante inclinaba hasta el suelo su cabeza, cómo sus patas debilitadas se doblaban y cómo sus grandes ojos negros, antes tan límpidos y recelosos, se amansaban y se enturbiaban como los ojos de una mujer en paroxismo de amor...

Aflojé el lazo entonces y la yegua, después de arrodillarse, cayó de costado, blandamente.

A una voz del mayor, todos se precipitaron sobre ella y el pobre animal se agitaba aún, cuando ya lo habían abierto en canal y arrancado a tirones las entrañas. En medio de la faena vertiginosa, un perro vino a olisquear aquel montón vaheante, y el mayor lo ahuyentó de un chicotazo.

Estaba como trastornado y aturdía a los hombres con sus gritos...

Don Gregorio y el domador fueron los encargados de llevar a la práctica el extravagante y primitivo procedimiento ignífugo.

Pusieron sus dos caballos a la cincha, y con lazos cortos atados a las patas de la yegua muerta, comenzaron a arrastrarla.

Como en el caso de la apagadora, al principio pareció resultar el procedimiento. Bajo el peso de aquel cuerpo macizo y blando, el pasto incendiado se apagaba o permitía por lo menos que nosotros lo apagásemos con los cueros mojados; pero la ilusión duró poco. El siniestro, empujado por el viento, adquiría una violencia formidable. Bajo el envión de las rachas, el fuego saltaba materialmente salvando las distancias, como si hubiera temido que lo detuvieran, como si hubiera tenido inteligencia.

Hacía un calor infernal y el humo, al envolverlos, sofocaba a los hombres y a los caballos.

El viejo don Gregorio sufrió un síncope y hubo que sacarle del fuego con la barba medio chamuscada.

El mayor se empeñaba, pero todo fue inútil. A los diez minutos de trabajo el cuerpo de la yegua ya no pudo utilizarse. Estaba materialmente asado y ardía a cada instante, como suelen arder en los fogones los churrascos demasiado grasientos en contacto con las brasas.

Teníamos que apagarlo golpeándolo con los cueros. El mayor, convencido al cabo, dispuso suspender el procedimiento.

Mandó a un hombre al puesto del vasco Martín, para que trajesen a escape un arado, a objeto de trazar surcos anticipados en el camino de la quemazón, otro de los procedimientos que se indican en estos casos para contener el avance del fuego; mandó a Novillo a mojar en una lagunita próxima unos cuan-

tos cueros, pues éstos se habían secado ya por completo, y por último se volvió a mí bruscamente, hurgándose en los bolsillos:

—Y vos —dijo—, andate a la estancia y decí que me manden tabaco.

—¿Tabaco?

—¡Sí, tabaco, andá, movete!

El corazón me dio un vuelco. Sentí ganas de arrojarme a los pies del mayor y de abrazarle las rodillas.

Iba a ver sin duda a Raquela, iba a refrescar otra vez mi espíritu en el agua azul de aquel lago, en medio de los resplandores siniestros de aquel infierno.

—Ta bien —dije, y montando a caballo, con el alma plena de dulce emoción, lo lancé resueltamente al galope.

La expedición no resultó tan sencilla como en un principio lo supuse. El campo me era en absoluto desconocido, y además la tremenda humareda dificultaba la orientación. Aunque tomé bien el rumbo de la tranquera por donde habíamos entrado en el cuadro, no pude llegar a ella, porque la quemazón la envolvía ya, cebándose implacable en los postes del alambrado, cubiertos de paja voladora, en un tiro de muchas cuabras. El siniestro, a los impulsos del viento inquieto, debía haberse dividido en varias columnas de ataque, porque observé que poco faltaba para que la quemazón me rodease por completo.

El espectáculo imponía; el incendio rugía en los cortaderales como un fuelle gigantesco y la sorda crepitación de las verdes cañuelas, al estallar, remedaba un fuego graneado de fusilería a la distancia. Miré el sol y era un sol de eclipse, un disco ruin y de color parduzco, siniestramente enclavado en la inmensa bóveda de humo.

El grave mugir de las vacas arreadas por el fuego; el plañidero balar de las ovejas y las locas carreras de los yeguarizos estremeciendo el suelo aumentaban la honda emoción del espectáculo.

Convencido de que el paso por la tranquera no era practicable, y con la esperanza de encontrar otra, comencé a costear el alambrado hacia el noroeste.

Pero, apenas había galopado algunas cuadras, entre un pajonal por donde el caballo marchaba a continuos tropezones, comprobé tres cosas desagradables: primero, que el cuadro terminaba allí en una rinconada; después, que una columna de la quemazón corriéndose por el compacto pajonal de un bajo, acababa de encerrarme en aquel ángulo, y por último, y lo que era peor, que una punta de yeguas mestizas de carrera se habían arrinconado allí y estaban condenadas a perecer, fatalmente, si no las auxiliaba.

Con las cabezas en alto y las orejas muy tiesas, los animales no hacían otra cosa que removerse inútilmente, mirando, con sus bellos ojos casi femeninos, el espectáculo de la quemazón que se les echaba encima con la velocidad de un caballo a gran galope.

Desmonté sin vacilar, y mientras los animales echaban al trote por la costa del cerco hacia el sudeste, traté de abrir un paso *hachando* el alambrado. Conocía perfectamente la forma de practicar la operación: con el fuerte del filo del cuchillo se golpea el alambre en su parte más firme, que es junto al poste, y resulta tanto más fácil la prueba cuanto más pesada es el arma. Yo la inicié junto al torniquetero y en excelentes condiciones porque el alambre, aunque muy grueso, estaba bien estirado, pero me falló el cuchillo. Al cortar el tercer hilo, la hoja saltó en dos pedazos y me quedé desarmado.

La situación no podía ser más crítica, el fuego se venía ya encima y no se me ocultaban las dificultades que significaba aquello de hacer saltar a unos animales cuya torpeza es característica en los casos de incendio, los cinco hilos que aún cerraban el paso.

Al montar a caballo para repuntar las yeguas, vi con asombro que la quemazón se echaba sobre la rinconada, materialmente sepultada entre las cortaderas, y apenas si dejaba ya entre ella y el alambrado una angosta faja, por donde las yeguas iban y venían galopando azoradas. Resultaba el sitio aquel como un gran horno dispuesto de antemano para asarlas.

Metiendo mi caballo entre el humo, describí un pequeño rodeo y enderecé las yeguas al portillo. Confiaba en que su poderoso instinto facilitaría la operación de hacerlas salvar el alambrado, pero me equivoqué absolutamente. Al llegar a la rinconada y

en aquel peligroso sitio en donde el pajonal compacto casi las cubría por completo, las yeguas se arremolinaron tontamente y dieron cara al fuego que ya las envolvía en humo y alargaba sobre ellas sus lenguas agresivas.

En vano luché, en vano traté de empujarlas hacia una salvación segura, cuyo solo obstáculo estaba en aquellos cinco alambres malditos, que hubiera franqueado, sin duda, cualquier otro animal acuciado por el peligro; ¡inútil empeño! Las infelices bestias no hacían otra cosa que revolverse atolondradamente, manoteando, coceando y mordiéndose entre ellas como si jugasen. Sin embargo insistí cuanto pude y recién cuando la quemazón me envolvió entre un remolino formidable de chispas y de humo y sentí que me ahogaba, desmonté del caballo y tirándole por el cabestro lo hice saltar el obstáculo...

Y después vino el drama espantoso, la horrenda tragedia, más bien sospechada que no vista, porque la violencia del fuego y la intensidad del humo no me permitieron ver, ni quedarme allí, sino breves instantes. Roces siniestros del pajonal removido, sordos bataneos de patas, toses ahogadas, relinchos agudos como alaridos, intensas vibraciones de los alambres empujados por los reculones violentos de las ancas, y por último, ese acre olor característico de la cerda quemada, esparciéndose en el viento...

Puse el caballo al galope. Sentía una sed intensa y la lengua reseca, entorpecida, como si hubiese sido de palo.

Al ganar terreno sobre el humo que me perseguía, como el polvo de los primeros remolinos de un huracán de verano, pude observar que la quemazón se abría en dos alas, dejando en medio la estancia, cuyos alrededores desprovistos de paja y cubiertos de pastos verdes hacían imposible el ataque. Vi, sin embargo, que una columna de fuego comenzaba a penetrar en la quinta, en un monte de durazneros nuevos que crecían semiperdidos entre las altas maciegas.

En los alrededores de la estancia se habían reunido mucha hacienda vacuna y multitud de ñandúes, y pude observar que mientras éstos, muy azorados y movedizos, alargaban el pescuezo oteando el peligro, las vacas pastaban o rumiaban tranquilamente, con sus grandes ojos beatíficos medio cerrados.

Pasé a gran galope entre unos y otros y fui a desmontar en el palenque.

Raquela y su primo y la sirvienta rubia estaban en el portón. La niña vestía un traje color caqui, y el “Güey pelao”, que se había puesto un casco blanco de explorador inglés; parecía muy agitado...

—Pero ¿qué hay? ¿Qué sucede? —gritó desde lejos—. ¡Apúrese hombre!

Me allegué a ellos al trote, *arando* la tierra con las rodajas de las espuelas.

—¡Güen día!

—Buenos días ¿y papá?

—Allá está, señorita; está bien, no tenga cuidado, dice que le manden un poco de tabaco...

—¡Ah! ¿tabaco? —añadió en seguida—. Pero digamé, ¿esto es una cosa tremenda, verdad? ¿Se está quemando todo el campo?

—Si—repuse—, es bastante fiera la quemazón porque hay mucha paja y el viento está muy fuerte, pero usted no tenga miedo, aquí no puede pasar nada...

—Sí, ya sé, pero papá y todos...

—No tenga cuidado por naides...

El “Guey pelao” intervino entonces:

—¡No puede pasar nada, no puede pasar nada! ¡Y el fuego se viene cada vez más encima de las casas! Verdaderamente no sé lo que han estado haciendo ustedes, toda la mañana...

Al oírle pensé que el hombre, en su ignorancia de las cosas camperas, estaba un poco preocupado ante el temor de que las paredes del edificio de la estancia pudieran arder como el campo y generosamente quise tranquilizarle:

—Aquí no hay peligro —dije—. El juego no puede llegar hasta aquí de ningún modo... Lo malo está allá, se debe estar quemando mucha hacienda embolsada en los alambrados...

Pero el mozo, mirándome enojado a través de sus lentes, me gritó en la cara:

—¡No hay peligro! ¡No hay peligro! ¡Qué sabe usted si no hay peligro!

Y dejándome estupefacto se marchó a través del patio con el cuerpo rígido y unos pasitos muy menudos.

Vi que el bello entrecejo de la niña se contraía y que un relámpago de ira iluminaba sus pupilas.

—¡Wenceslao! —gritó—, ¿a dónde vas?

Pero el “Güey pelao”, haciendo con los brazos un ademán ambiguo, prosiguió su camino, sin volverse siquiera, y penetró en una de las habitaciones que estaban del otro lado del patio.

Raquela despechada miró a la sirvienta.

—¿No ves?—dijo.

La muchacha escogiéndose de hombros sonrió en una mueca, y ella entonces agregó rápidamente y en voz baja:

—Mirá, Susana, mejor es que te vayas para allá, y en cuanto salga se la escondes...

Fuese la muchacha como con desgano y yo miré a Raquela.

—¿Qué pasa? —dije.

—¡Nada, nada! —repuso la niña toda confusa y ruborizándose ligeramente, y agregó en seguida—: Venga, ¿quiere?

Comprendí enseguida lo que pasaba: el “Güey pelao”, que debía ser un alcoholista consuetudinario,

comenzaba a *matar las penas* que el espectáculo de la quemazón le originaba, pero, sin embargo, por espíritu de clase, la niña no se atrevía a decírmelo. Su primo era un caballero, por más bellaquerías que amontonase; y yo un bellaco nato, por más caballerosidades que demostrase.

Atravesamos juntos el patio: Raquela taconeaba recio con sus botitas amarillas, haciendo crujir la enagua e imprimiendo a sus caderas un delicioso títubeo. Bajo el viento, un rizo suelto de su cabellera se agitaba sobre la blancura de su sien derecha, como el ala batiente de una golondrina sobre la comba de un mármol.

Al llegar a la puerta de una de las habitaciones, Raquela se volvió y me dijo amablemente:

—Un momentito, voy a traerle eso...

—Güeno —dije a mi vez— y yo mientras tanto voy a dir hasta el molino...

—¿Hasta el molino? ¿Para qué?

—Pa tomar agua. ¡Estoy muerto de sed!

—Ah, es verdad —y añadió en seguida concisa y rápida—: Deje, no vaya, yo le voy a dar. Un segundo...

Pero en el instante en que iba a volverse, sus grandes ojos miraron hacia el patio con asombro.

—¡Oh! ¡Mire, mire! —gritó con infantil alborozo—. ¡mire las perdices, Hueyo!

Y vi, en efecto, un espectáculo maravilloso, imponente y único: Un verdadero ejército de martinetas coloradas comenzaba a atravesar el patio.

Era una columna compacta, eran centenares de aves que se dirigían apresuradamente en el mismo rumbo, silenciosas y tristes, atontadas por el peligro, hasta el punto de semejarse a mansas gallinas.

Raquela palmoteaba:

—¡Mire, Hueyo!, ¡mire cuántas!, ¡mire una nutria!, ¡mire los cuises...!

Y, efectivamente, no sólo martinetas y perdices desfilaban a través del patio huyendo del fuego que las amenazaba, sino que también toda clase de representantes de la fauna menor, desde los más familiares hasta los más chúcaros.

Vimos zorros, zorrinos, vizcachas, peludos y hasta culebras y víboras. Toda esa población heterogénea, todo ese misterioso mundo que bulle en los pajonales y que en la vida ordinaria presentimos mejor que vemos, desfilaba por el patio de la estancia, silenciosa y apresuradamente, como huyen los pueblos ante un avance del enemigo.

En un momento dado, el espectáculo se hizo tan imponente que la niña palideció y se tomó de mi brazo por instinto:

—¡Yo tengo miedo! —dijo.

Al verla estrecharse así, contra mí, tan bella y tan confiada y tan femenina, sentí un impulso de

arrojarme a sus pies y con mi cara y con mis manos negras de humo y mi chiripá overo acribillado de quemaduras, confesarle a gritos y abrazado a sus rodillas que la amaba con toda mi alma, que desde la víspera otra quemazón mucho más formidable estaba devorando los pajonales de mi espíritu y echando fuera de sus guaridas todas las alimañas sórdidas del egoísmo y del prejuicio; pero me contuve una vez más, y pude decirle, calculadamente gaucho, paternal y suave:

—No tenga miedo; es que juyen del juego los pobres animales.

Y aquel *juyen del juego* bastó para que la niña, ruborizada, se apartase bruscamente de mí, como quien despierta de un sueño. Primero, tuvo un gesto apenas perceptible de repulsión instintiva y después exclamó apresurada y sonriente:

—Bueno, bueno, voy a traer el tabaco; un momentito... —y desapareció en el interior de la casa.

Sólo entonces, ante la puerta por donde había entrado Raquela y que era sin duda la del comedor de la estancia, volví a mirar hacia el campo. El espectáculo que ofrecía la quemazón no podía ser más grandioso.

La estancia parecía una isla entre el humo denísimo que la rodeaba por todas partes y que sólo transparentaba a veces, aquí o acullá, el dorado o rojizo resplandor de una llama. El aire ambiente, caldeado como el de una fragua y saturado de humo,

daba a todas las cosas una uniforme coloración de ocre amarillo, y la sorda crepitación del incendio se hacía cada vez más intensa.

Hubiera podido creerse que la estancia y sus adyacencias más inmediatas eran lo único que subsistía en medio de aquel desastre.

Estaba pensando en las dificultades con que forzosamente iba a tropezar para volver a reunirme con el mayor, en medio de tal infierno, cuando oí la cristalina voz de la niña que me llamaba desde el interior de la pieza:

—¡Hueyo!

—¡Mande!

—¡Entre!

Acobardado por una timidez extraña, vacilé un segundo como si hubiera sido un gaucho de verdad y entré después, quitándome el sombrero color *panza de burro*, en aquel fresco comedorcito de campo, con piso de baldosa francesa y muebles amarillos.

—Con su licencia...

Raquela, de pie ante el aparador, volvió apenas la cara al sentirme entrar y dijo con una sonrisa:

—Un momentito; siéntese...

Pero como para sentarme estaba yo: acababa de verme reflejado casi de cuerpo entero en la luna de un espejo, y la horrenda visión de mi mismo me había paralizado. “Aquello” que veía no era yo,

“aquello” era mucho menos que yo, menos que un gaucho, menos que un hombre, que un salvaje; era una bestia extraña y ridícula, era algo así como un mono foguista vestido de chiripá.

—¡Oh! —murmuré sordamente llevándome por instinto hasta la cara las manos negras de tizne—. ¡Oh!, ¡cómo estoy!

Raquela, que vertía en ese momento en un gran vaso de refresco un líquido rojo como sangre, se volvió para mirarme.

—¿Qué? —dijo.

—¡Nada! —repuse ingenuamente afligido y olvidado de la ficción—. Mire como estoy, yo no sabía.

Ella se rió, con una sonrisa entre buena y maliciosa.

—Es el humo—dijo.

—¡Sí, el humo! —Repliqué con amargura—. ¡El humo! ¡Parezco un demonio! ¡qué vergüenza!

Raquela tornó a reirse.

—Al contrario —dijo—, le hace los ojos más grandes...

Y en seguida, volviéndome rápidamente la espalda, se puso a revolver vertiginosamente el contenido del vaso y añadió toda turbada:

—Su amigo, amigo... Hace un momento que se fue su amigo...

Se le habían puesto las orejitas rojas como la grana y trataba de ocultar la cara.

—¿Mi amigo?

—Sí, el hombre que vino con usted ayer, el capataz...

Y observé que era tal la preocupación de la niña, que al decir esto ya no revolvía el refresco, sino que restregaba inútilmente el mármol del aparador con su dedito color de rosa...

—Ah, ¿Domingo? —dije. Y la sospecha de una indiscreción del gaucho me llenó de zozobra—. ¿Estuvo Domingo? ¿Cuándo?

Raquela, que había vuelto a revolver el contenido del vaso, repuso, ya con cierto aplomo:

—Sí, estuvo. Estuvo como a las diez... Dijo que se volvía a la estancia y preguntó por usted.

—¿Por mí?

—Sí.

—¿Qué preguntó?

—Y..., preguntó donde estaba...

Vi que Raquela había abandonado otra vez el refresco y que su dedito preocupado tornaba a restregar el mármol.

La cosa se ponía grave sin duda y traté de orientarme.

—Ajá —dije—, hay mucho trabajo en la estancia y el hombre no habría querido perder el tiempo... Yo debería haberme ido también...

Pero mi frase no surtió efecto y la niña, con la cabeza inclinada, continuó en silencio e inmóvil.

—De todos modos —agregué—, ya no podemos sacar los animales...

El mismo resultado. Me destosí entonces, hice sonar en las baldosas las rodajas de las espuelas, pero nada... La niña continuaba restregando el mármol, vuelta de espaldas hacia mí.

Iba a preguntarle tontamente qué le ocurría, cuando ella misma me salvó de cometer la torpeza.

—Ese hombre, Domingo —preguntó suavemente—, ¿lo conoce mucho a usted?

Vacilé un segundo y después dije extrañado:

—Y... Me conoce dende que estoy en la estancia... Irán pa unos quince días... A mí me parece un güen hombre... ¿Por qué?

—¡Por nada! —Y Raquela, volviéndose de pronto, me ofreció muy seria el gran vaso de refresco que había preparado.

—¡Tome...!

Mi mano, negra como una garra, se apoderó del recipiente, y con los ojos fijos en el rostro de la niña, que me observaba entre curiosa y compasiva, bebí el más delicioso néctar que hayan probado mis labios en la vida...

—¡Gracias, reina!

—¿Quiere más?

—Bueno, si usted es tan...

Entonces ocurrió una cosa extraña: Raquela, que iba a tomar ya la jarra, se volvió bruscamente hacia mí. Se había puesto pálida y un pliegue vertical se marcaba enérgicamente entre sus cejas.

—¿Por qué? —dijo toda trémula y con los diente-
cillos muy apretados—. ¿Por qué me dice reina?

Brillaban sus pupilas y, al terminar, una oleada de rubor invadió bruscamente sus facciones.

No me turbé sin embargo. El infame psicólogo de *Las fieras blancas* se dio cuenta inmediata del por-
qué de aquella reacción indignada.

En el alma de Raquela se estaba librando una tremenda batalla entre el más tierno y supremo y legítimo de los derechos femeninos, el derecho de querer a un hombre en la vida, y las disciplinadas huestes del prejuicio que defendían el terreno palmo a palmo. La niña, aturrida, embriagada por aquella sensación tan nueva para ella, se dejaba deslizar un trecho por la seductora y blanda pendiente, pero muy luego la luz de la razón, al relampaguear en su conciencia, la hacía rebelarse horrorizada contra su debilidad y cobardía.

Y me aproveché como un miserable de todas mis ventajas. ¿Podía rendirse así no más el *psicólogo* de *Las fieras blancas*, aunque ya le doliese el corazón?

Un gaucho auténtico se hubiese quedado mudo, aturdido, petrificado en el sitio, o mejor quizás, pre-

tendiendo justificarse, habría dicho a la niña alguna enorme torpeza que, colocándola en una situación sin salida, la hubiese obligado por dignidad a una actitud irremediable.

Pero yo, después de haber permanecido algunos segundos con la cabeza baja y el entrecejo contraído, dije gravemente:

—¿Que por qué le digo reina? ¡Caramba! Le digo reina, como podría decirle Dios, o como podría decirle madre... Le digo reina porque siento la necesidad de nombrarla de un modo como naides la haiga nombrado nunca...

La niña, ruborizada de nuevo hasta las cejas, me interrumpió con energía:

—Bueno —dijo—, yo no quiero que me diga así, a mí no me gusta...

La miré entonces hipócritamente sorprendido:

—¿Por qué?

La pobrecita, sin valor para decirme lo que pensaba, y es decir, que no podía admitir que un *gaucho roñoso* le dijese galanterías y mucho menos cuando, como en el caso, ese gaucho ejercía ya sobre ella una extraña atracción que la asustaba, se limitó a repetir bajando la frente y en un tono de niño caprichoso:

—Porque no, porque no me gusta...

Dejé transcurrir algunos segundos y después dije con una voz lenta y baja, saturada de desaliento y de amargura:

—Perdóneme señorita... Si eso le mortifica por cualquier motivo, no se lo diré más. Dios es testigo de que no tuve ninguna mala intención al decírselo, como es testigo, también, de que no se lo había dicho hasta ahora a naides en la vida. Le dije reina, porque pa mí reina es lo más que puede ser una mujer y por que me había olvidao que nosotros los pobres semos lo mesmo que los perros: Hasta cuando quieren halagar fastidean, porque como son animales no tienen tino.

—Eso no —dijo Raquela, pero yo continué impasible:

—Sí... Le dije reina, porque desde que la vide ayer, me pareció mesmamente una reina por lo linda y por lo güena y por el modo de hablar conmigo y por el modo de mirarme; me pareció la reina aquella, que estaba pintada en un librito que yo sabía leer cuando muchacho, y que era una reina que asígún decían les curaba sin asco las mataduras a los pobres...

«¡Yo no sé por qué usté se habrá ofendido!

«Yo creo que si algún hombre tiene derecho a decirle reina a usté, ese hombre soy yo, ese hombre es este desgraciao, que por una casualidad de la fortuna ha venido a ponerse por un minuto en un lugar que no le corresponde y que va a perder en seguida, para volver a hundirse en la noche de su destino...

«Usté que sabe quién soy yo, usté que sabe, porque se lo he dicho, la vida que me ha tocado en suer-

te desde que nací, debería imaginarse el efeto que el encuentro con una persona como usté tiene que haberme producido...

«Yo no sabía que había gente así en el mundo... A mi me habían acostumbrado desde que tuve uso de razón a la idea de que todos los ricos eran malos y orgullosos con los pobres... La experiencia me enseñó después, que esto no es una ley... Yo he conocido ricos muy güenos y muy considerados. Ahí tiene usté a don Alejo Antúnez, el de “La Clara”, a don Pedro Juentes, a las hijas de don Santos Gómez...

Al llegar aquí, Raquela, que me escuchaba atentamente, tuvo una leve contracción del entrecejo, pero yo continué muy grave:

—Todos fueron güenos y considerados conmigo a pesar de sus riquezas, pero, ¿cómo le diré? eran ricos de otra laya, eran ricos porque tenían muchas vacas y muchas ovejas, porque podían dar de trabajar a mucha gente, pero no tenían las manos así como usté las tiene, ni esa cara, ni esos modales; eran mesmamente como pudieran serlo don Gregorio o el vasco Martín si de pronto se enllenaran de dinero...

«Eso es lo que me ha hecho decirle *reina* y lo que hará que no pueda olvidarme nunca, jamás, así viviera mil años, de la señorita aquella de los ojos negros y del vestido bayo, que en un día de quemazón y en una estancia tan rara que parecía una estancia de ensueño, me sirvió con sus manos blancas una bebida roja que refrescaba el corazón y hacía querer la vida...

Raquela, toda turbada y con los ojos bajos, golpeaba el piso con el extremo de su botita.

—Esas son pavadas —murmuró sordamente—, esas son pavadas...

—No —repliqué yo con energía—, no son pavadas, señorita: es la verdad; como la reina de aquel libro, que llevé en mi tirador por tantos años y que tenía las puntas redondas de tanto hojearlo, usted me ha curado en un día de una vieja enfermedad del espíritu, porque me ha hecho ver de pronto que el mundo no se acaba allí no más, donde yo lo suponía, que el mundo está lleno aún de maravillas insospechadas y que la vida vale la pena mil veces de ser vivida...

Hice una pausa y después continué con voz quebrada:

—Yo sé perfectamente cual es mi situación. Usted es una señorita y yo soy un gaucho, soy menos que un gaucho, porque soy un peón. Hay entre usted y yo, la misma diferencia que había entre aquella reina que les curaba las mataduras a los pobres y los pobres que le mostraban sus miserias.

—Eso no —dijo Raquela.

—Eso sí —repliqué yo—, y usted bien lo sabe. ¿Por qué, si no, se puso tan colorada hace un momento porque le dije reina?

—Yo no me puse colorada...

—Si, usted se puso, se puso más colorada, mucho más, al sólo sospechar un contacto de mi espíritu,

que lo que solía ponerse la reina aquella, al tocar con sus blancas manos la repugnante realidad de la desdicha...

«Pero no se aflija, que usted no tiene la culpa, como no la tengo yo tampoco. La culpa es del destino que suele equivocarse malamente al hacer la distribución de los espíritus en los moldes de barro... A veces encierra un alma de peón en un cuerpo de gentilhomme y a veces guarda un gentilhomme dentro de un molde de peón...

En ese momento el “Güey pelao” se asomó a la puerta:

—¿Qué están haciendo? ¿Qué estás haciendo? —preguntó a su prima con malhumor y extrañeza y añadió sin esperar la respuesta—: Se está quemando todo el monte de duraznos... ¿Dónde pusieron la botella?

Raquela, que se disponía a prepararme un nuevo refresco, contestó displicente:

—¿Qué botella? No sé, pregúntale a la muchacha....

El “Güey pelao” se incomodó.

—¡La muchacha! ¡la muchacha! —gritó irritado—. La muchacha dice que ella no la ha agarrado, pero lo cierto es que la botella no está en mi cuarto...

—No sé entonces...

—¡Qué jorobar, casa de locos!

Y el mozo desapareció furioso llamando a la sirvienta a grandes voces.

—¿Qué tiene? —pregunté yo, con tono ingenuo.

—Tiene, que es un... —comenzó la niña con cólera, pero enseguida se contuvo—; tiene que el pobre se pone nervioso con la quemazón —concluyó insinuante.

—¡Ah!

Desde el comedor se oía la crepitación formidable del incendio. Parecía que el mundo entero estuviese ardiendo.

La niña me alargó el vaso.

—Sirvasé.

Mientras bebía advertí que Raquela me observaba fijamente la uña esmaltada, y asustado la oculté torpemente como si hubiera sido una vergüenza. La posición absurda de aquel dedo doblado contribuyó sin duda a agravar la sospecha de la niña, porque me preguntó cuando le devolvía el vaso, y en un tono que pretendió hacer indiferente:

—¿Qué tiene en ese dedo?

Me turbé como un niño.

—Nada —dije todo confuso, sacudiendo la mano y restregando al culpable en el chiripa—. Nada, un golpe...

Raquela me miró largamente en los ojos. Se había puesto seria, y una leve arruga vertical se insi-

nuaba de nuevo en su entrecejo. Después se sonrió casi dolorosamente y dijo moviendo la cabeza:

—¡Qué cosa, qué cosa! ¡Dios mío!

Y era tan hermoso el poema de ansiedad y de duda que tradujeron entonces ingenuamente los límpidos ojos, que sin poder contenerme sonreí y dije la frase aquella, llena de experiencia y de malicia, que Del Valle Inclán ha puesto en boca de uno de sus protagonistas:

—*¡Cómo me mira la blanca rosa!*

Los ojos de Raquela se velaron bajo las largas pestañas y su cabecita tuvo un movimiento de impaciencia:

—¿No ve? —dijo tornando a mirarme dolorida y casi agresiva—: ¿No ve? ¿Por qué hace eso?

—¿Qué hago yo?

—Hace, que unas veces habla de un modo y otras veces de otro...

Comprendí que mi confianza en la ingenuidad de la niña me había llevado demasiado lejos, pero encaprichado traté de remediar el daño audazmente:

—Ya sé —dije— pero ¿qué quiere? Yo tengo tan pocas letras que por juerza he de decir muchos bolazos; uno se pone a hablar y a hablar y con el calor de la conversación muchas veces...

Raquela me interrumpió con viveza:

—No—replicó—si yo no digo que haya dicho alguna inconveniencia; lo que digo es que ¿por qué

unas veces habla de un modo y otras veces, en cambio...?

Puse una cara de bestia que me hubiera envidiado el más célebre mimo y dije encogiéndome de hombros:

— Y ¿qué quiere que li haga? Yo tengo muy pocas letras...

Raquela tuvo un estremecimiento y por sus ojos pasó como una sombra de angustia. Después, mirándome casi con odio, agregó secamente:

—Voy a buscar eso — y desapareció en una pieza contigua.

Cuando volvió, a los pocos segundos, vi que tenía los párpados enrojecidos. Sin mirarme siquiera se puso a arreglar nerviosamente el paquetito sobre la mesa.

Le temblaban los blancos dedos e inclinaba mucho la frente para que yo no pudiera verle la cara.

Conmovido por el espectáculo de aquel bello dolor, me acerqué a la niña suavemente:

—¿Qué tiene? ¿Está enojada?

Raquela no me contestó pero se estremeció profundamente. Vi que el temblor de sus dedos aumentaba y que era tal su ofuscación, que inconscientemente estaba atando y desatando los extremos del pañuelo azul con que envolvía el paquete.

Insistí sin embargo:

—¿Qué tiene? ¡dígame por favor!

—Nada, nada, ¡qué cosa, qué cosa! —gimió entonces la niña con voz infantil y como si se hubiese referido a su incapacidad absoluta para atar aquel bulto—. ¡Qué cosa, Dios mío! —Y después, se echó a llorar desoladamente...

—¡Pobrecita mía!

La brusca aparición de la sirvienta rubia nos separó violentamente. Raquela, lívida y con los ojos bajos, se apoyaba en el aparador retorciéndose las manos, y la muchacha ruborizada hasta la raíz de los cabellos, no sabía qué hacer ni qué decir.

Yo fui el primero en reaccionar:

—¿Qué? —pregunté.

La muchacha me alargó una carta, mirándome con sus ojos azules entre recelosos y desconfiados.

—Esto —dijo— trajeron esto para usted recién...

—¿Para mí? —y tomándola, miré el sobre escrito: “Señor Marcelo de Montenegro, etc.”. La conocida letra de mi amigo con sus rasgos enérgicos como postes de alambrado—. ¡Ah! —exclamé confuso mientras buscaba por instinto en la blusa y en el chiripá un bolsillo que no existía—. ¡Ah!, sí gracias, gracias. —Y como no podía ocultarla en otra forma la hice una bola en la palma de la mano.

Mi situación no podía ser más difícil, comprendía que el portador de aquella misiva inoportuna, había debido cometer alguna grave indiscreción para que

la muchacha me la entregase así, sin vacilar; y sin embargo no podía interrogarla. Me alarmaban aquellos ojos inquietos de la rubita, ojos de persona que tiene mucho que decir, viajando continuamente de mi mano cerrada a mi cara y de mi cara a la cara de Raquela que, apoyada en el aparador y con la vista fija en las baldosas, parecía sumida en un estupor profundo...

Y en medio de aquel conflicto, opté por la retirada. Necesitaba pensar, necesitaba estar solo...

Tomé el paquete de tabaco que estaba sobre la mesa.

—Bueno, me voy—dije.

Raquela continuó inmóvil.

—Adios, señorita.

—¡Adios...!

Al salir al patio me dió en la cara como un aliento de horno. El incendio del monte de durazneros echaba todo su humo sobre las casas. Casi corriendo atravesé el patio y al llegar al portón rasgué el sobre de la carta. La misiva de Ernesto decía simplemente: “Marcelo: te ruego que no hagas macanas”. Riéndome me dirigí hacia el palenque. El zaino se había sacado el freno a fuerza de restregarse la cabeza contra un palo, y además tenía el recado completamente flojo.

Practiqué ambos arreglos apresuradamente y en el momento en que pisaba el estribo para montar,

tuve una visión de maravilla: Raquela, corriendo ansiosamente hacia mí, a través del patio lleno de humo y haciéndome señas con la mano; pero yo, que sospeché el motivo de aquella reacción y que necesitaba estar solo para pensar muy seriamente, *no la ví*, y espoleando el caballo lo hundí resueltamente en el misterio de humo blanquizco que rodeaba la estancia por completo.

VI

ERA CERCA DE MEDIA NOCHE y por más que la quemazón hubiese atravesado ya todo el campo, aún seguíamos luchando desesperadamente contra ella, en un bajo profundo del lado del puesto de Martín.

Una gran columna de fuego —que, desprendida del núcleo principal del incendio por una de esas repentinas y traicioneras variaciones del viento, amenazaba una vez más el dichoso potrero de las vaquillonas mestizas defendido por tanto tesón toda la tarde— nos reclamaba aquel nuevo y formidable esfuerzo.

El campo ardía por sus cuatro costados, como un saco de paja, como lo que era en realidad. Por todas partes se veía fuego en largas, en interminables procesiones de llamas que, a la distancia y en la negrura de la noche, parpadeaban como miríadas de cirios y que de cerca rugían como volcanes.

El bajo aquel en donde nos encontrábamos, era un verdadero infierno: el incendio crepitaba en las

cortaderas como un fuego de ametralladoras y sus lenguas rojizas, iluminándonos las caras, se alzaban hacia el cielo como si quisieran alcanzar las nubes.

Continuábamos luchando, sin embargo. El aspecto del mayor me daba pena. Con la cara negra, la barba y la cabellera chamuscadas y el saco de dril acribillado de quemaduras, se metía furiosamente entre el fuego y lo golpeaba y lo insultaba, como si hubiera sido un hombre, hasta que el humo y el calor le volvían a echar afuera, sofocado y haciendo bascas. Entonces, y mientras se pasaba nerviosamente un gran pañuelo por la cara, el patrón incitaba a los hombres con los más insultantes y pintorescos dicterios. A veces parecía un loco.

En un momento dado la sed que le atormentaba como a todos, le obligó a buscar instintivamente la damajuana de agua que acababa de traer del puesto de Martín. El recipiente estaba vacío y al comprobarlo, el Mayor lo estrelló contra el suelo con una gran blasfemia, para volver a lanzarse en seguida sobre el fuego como un animal furioso.

Pero todo empeño parecía inútil. La cabeza de la quemazón, inatacable por su misma intensidad, se acercaba cada vez más al alambrado del potrero, cuyos postes medio sepultados entre el pajonal blanqueaban ya a pocos pasos bajo la intensa luz del incendio. Se veía claramente que en cuanto el fuego llegase a aquel alambrado, materialmente acolchado de paja voladora, saltaría adentro como una manada de lobos flamígeros y que ya nada podría detenerlo.

Comprendiéndolo así, el mayor, en un impulso de desesperación, se puso a arrancar a tirones aquella paja, espinándose las manos. Y fue precisamente en ese instante cuando llegó la noticia estupenda...

La trajo un hombre desconocido para mí, que apareció de pronto entre el humo preguntando a gritos por el patrón: Raquela no estaba en la estancia. Había salido temprano en busca de su padre, y su sirvienta alarmada enviaba a aquel mensajero para averiguar si había llegado.

Oí como el mayor, muy pálido, apoyado en el alambrado, interrogaba al recién venido:

—Pero, ¿a qué hora decís que salió?

—Y... parece que salió a eso de las saís, pa buscarlo a usté...

—Pero, ¿iba sola? ¡animal!

—No; iba con ese mozo, con el dottor...

El patrón dio un puñetazo formidable sobre el alambrado:

—¡La gran perra! ¡El caballo! ¡tráiganme el caballo! —Y agregó en seguida, arrebatando violentamente el cabestro que le presentaba Novillo—: Montén ustedes también, ¡que se vaya todo a la gran perra...!

Los hombres al oírle se desparramaron corriendo.

Mi caballo había quedado muy lejos y llegué a él sofocado. En el momento que pisaba el estribo, oí el

rumor del galope de los que partían en todas las direcciones y pude ver cómo la quemazón abandonada a su impulso invadía ya el potrero de las vaquillonas, alzando hacia el cielo sus remolinos rugientes...

Rápidamente hice mi cálculo. Lo más probable era que Raquela y su inhábil acompañante, después de vagar desorientados en busca nuestra, hubieran ido a parar a lo del vasco o a algún otro de los puestos de la estancia.

Y en consecuencia, describiendo un gran rodeo para esquivar el grueso de la quemazón que se encarnizaba en los pajonales del bajo, lancé mi caballo a gran galope en procura del rancho de Martín, que no debería estar muy lejos.

En efecto, apenas alcancé la cola de la columna de fuego y al repechar una loma quemada, que a la luz estelar parecía de terciopelo negro y que resonaba bajo los cascos como si hubiese sido una bóveda, divisé los altos álamos del puesto y su casita blanca, destacándose sobre la masa oscura de los árboles.

También el siniestro había pasado por allí bordeando los sembrados, y sobre el fúnebre tapiz uniforme que señalaban su paso, aún subsistían largas alineaciones de luces parpadeantes.

En el rancho había luz también, pero una lucecilla inmóvil, mansa y doméstica como la pupila dorada y familiar de un gato...

Hacia ella dirigí resueltamente mi caballo, sintiendo un gran alivio en el corazón. Era más proba-

ble que Raquela estuviese allí y yo iba a tener la fortuna de ser el primero en encontrarla.

Pero, al terminar de descender la loma, un ruido sordo de golpes acompasados me hizo detener avizor: Era indudable que alguno apagaba fuego allí muy cerca, pero no me era posible precisar en dónde.

Mis ojos escudriñadores de miope incipiente recorrieron una por una las largas líneas de fuego, hasta qué vieron por fin. No era de la derecha como lo suponía sino de la izquierda, de donde venía el rumor de aquellos golpes.

Inclinadas sobre las llamas mortecinas, cuya luz recortaba nítidamente sus siluetas, dos personas trabajaban activamente en la extinción del fuego. Una de ellas era el vasco Martín; la otra, sin duda, su mujer. Hablaban y se reían mientras golpeaban enérgicamente los matorrales incendiados. Mi pregunta les dejó estupefactos:

—¿La Raquela? ¡No señor! —No habían visto a la señorita en todo el día. Y azorados se apretujaban contra mi caballo, unidos y armoniosos en la acción como en el sentimiento. Ella sobre todo parecía desolada. Mientras sus grandes ojos interrogaban la negrura del campo y de la noche, sus labios repetían como una cantinela:

—¿Cómo puede ser? ¿Cómo puede ser?

Lleno de angustia, interpele al vasco con violencia:

—Sí, pero, ¿dónde estará ? Usted que conoce el campo dígame más o menos por donde debo buscarla. No es cuestión de perder tiempo.

El hombre meditó un momento, rascándose la cabeza por debajo de la boina:

—Y, en lo de don Juan, quizá. Pudiera ser que en lo de don Juan...

—¿Quién es don Juan?

Ella contestó rápidamente, extendiendo su brazo gordo y redondo hacia un punto de aquel horizonte trágico y negro prendido de luminarias de oro.

—Es el otro puestero —dijo—, el de los Sauces...

—¿Hay alambre?

—Sí, pero hay una tranquera.

Iba a volver el caballo para lanzarme al azar, en procura de aquel rancho desconocido, cuando un gran grito de la mujer me detuvo:

—¡Madre mía! ¡ Martín!

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

Una cortadera aislada en medio de la negrura uniforme del campo quemado, que acababa de incendiarse de pronto, allá del lado de las casas, iluminaba la noche con la cruda claridad de un arco voltaico, y el hombre y la mujer echaban a correr hacia ella con aire enloquecido:

—Pero ¿qué es eso? ¿Qué les pasa? —pregunté castigando el caballo y echándoselos casi encima.

—¡El nene, el nene! —gimieron ambos entonces, sin dejar de correr y extendiendo sus manos engarbitadas hacia aquella hoguera crepitante que les devoraba la vida—. ¡El nene, el nene!

Recién comprendí toda la intensidad del drama que se estaba desarrollando ante mis ojos, y con una sorda exclamación de asombro lancé el caballo en toda la furia hacia la cortadera trágica, dejando tras de mí a aquellos desdichados que seguían corriendo muy abiertas las bocas y tropezando en los troncos crujientes de los matorrales quemados...

Cuando llegué, el fuego se concluía ya; la cortadera había ardido como si fuera de estopa. De lo que había sido cuna amorosa sólo quedaba un gran montón de cenizas, coronado de inquietas y rojas llamas y de un inmenso penacho de humo blanco estriado de vetas negras que el viento retorció...

Oyendo el alentar angustioso de la pareja infeliz que se acercaba al trote, me tiré del caballo al suelo, y, abrasándome cara y manos, escarbé las ardientes cenizas con el cabo de mi talero y... extraje a la luz de las llamas una cosa informe: un negro paquete embetunado, que humeaba y chirriaba y que a la primera caricia del viento ardió como una antorcha...

—¡Virgen santísima!

El alarido de la madre atravesó la noche como una espada y yo, transido de horror, salté sobre mi caballo y lo eché a correr a la ventura.

El cielo estaba negro y negro el campo quemado, y las largas hileras de llamas que aún subsistían a todos los rumbos, lejos de iluminar la noche, parecían intensificar su oscuridad por contraste. Se hubiera dicho que el mundo era una gran capilla ardiente, colgada y tapizada de negros paños para el *requiem* de la Vida...

Hostigando siempre el caballo, repeché una loma y me hundí en un bajo oscuro y profundo como un cráter y en donde los troncos de las cortaderas quemadas parecían un inmenso rebaño de bestias renegridas.

En un momento dado alcé los ojos y desde el fondo de aquella profundidad me pareció que el cielo se aclaraba como si estuviera amaneciendo.

Pero aquella ilusión duró un segundo: Brusca-mente, el caballo se hundió bajo mi peso con un “han” formidable; experimenté la sensación de una caída vertiginosa, luego un golpe atroz en el pecho, un golpe que salpicó la noche de chiribitas rojas, y después ya no sentí nada... En el desamparo de aquel hondo bajo, “Calistro Güeyo” acababa de “morir” aplastado por su caballo.

Y tanto es así, que cuarenta horas más tarde, cuando recobré el sentido, lo primero que vieron mis ojos fue el pálido rostro de Raquela que se inclinaba ansiosamente sobre el mío, y lo primero que oyeron mis oídos fue su voz musical que me decía, tan suave como un susurro:

♦ Raquela

—¡Cuidado! No se mueva, ¡por Dios!, Montenegro...

Buenos Aires, mayo de 1918.

Raquela

por Benito Lynch

Edición original:

Cooperativa Editorial, Buenos Aires, 1918

Revisión, notas y edición digital:

© In Octavo, 2024